

COLECCION ARIEL

30.

№ 4

cuadern 95

May 1917

RUBEN DARIO

SELECCIONES

PROSA Y VERSO



SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

Imprenta Greñas

La personalidad literaria de Rubén Darío

JUICIO DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ

—*No es el poeta de América*, oí decir una vez que la corriente de una animada conversación literaria se detuvo en el nombre del autor de *Prosas profanas* y de *Azul*. Tales palabras tenían un sentido de reproche; pero aunque los pareceres sobre el juicio que se deducía de esa negación fueron distintos, el asentimiento para la negación en sí fué casi unánime. Indudablemente, Rubén Darío no es el poeta de América.

¿Necesitaré decir que no es para señalar en ello una condición de inferioridad literaria, como hago más las palabras del recuerdo?... Me parece muy justo deplorar que las condiciones de una época de formación, que no tiene lo poético de las edades primitivas ni lo poético de las edades refinadas, posterguen indefinidamente en América la posibilidad de un arte en verdad libre y autónomo. Pero así como me parecería insensato tratar de suplirlo con la mezquina originalidad que se obtiene al precio de la intolerancia y la incomunicación, creo pueril que nos obstinemos en fingir contentos de opulencia donde sólo puede vivirse intelectualmente de prestado. Confesémoslo: nuestra América actual es, para el Arte, un suelo bien poco generoso. Para obtener poesía,

de las formas, cada vez más vagas e inexpresivas de su sociabilidad, es ineficaz el reflejo; sería necesaria la refracción de un cerebro de iluminado, la refracción en el cerebro de Walt Whitman.—Quedan, es cierto, nuestra Naturaleza soberbia, y las originalidades que se refugian, progresivamente estrechadas, en la vida de los campos.—Fuera de esos dos motivos de inspiración, los poetas que quieran expresar, en forma universalmente inteligible para las almas superiores, modos de pensar y sentir enteramente cultos y *humanos*, deben renunciar a un verdadero sello de americanismo original.

Cabe, en ese mismo género de poesía, cierta impresión de americanismo en los accesorios; pero, aun en los accesorios, dudo que nos pertenezca colectivamente el sutil y delicado artista de que hablo. Ignoro si algún espíritu zahorí podría descubrir, en tal cual composición de Rubén Darío, una nota fugaz, un instantáneo reflejo, un sordo rumor, por los que se reconociera en el poeta al americano de las cálidas latitudes, y aun el sucesor de los misteriosos artistas de Utatlán y Palanke; como, en sentir de Taine, se reconoce—comprobándose la persistencia del antiguo fondo de una raza,—al nieto de Nestor y de Ulises en los teólogos disputadores del Bajo Imperio. Por mi parte, renuncio a tan aventurados motivos de investigación, y me limito a reiterar mi creencia de que, ni para el mismo Taine, ni para Buckle, sería un hallazgo feliz el de tal personalidad en ambiente semejante.

Su poesía llega al oído de los más como los cantos de un rito no entendido. Su "alcázar in-

terior"—ése de que él nos habla con frecuencia— permanece amorosamente protegido por la soledad frente a la vida mercantil y tumultuosa de nuestras sociedades, y sólo se abre al *sésamo* de los que piensan y de los que sueñan... Tal, en la antigüedad, la granja del Tíbur, el retiro de Andes o Tarento, la estancia sabina; todos los seguros de aquel grupo de helenizados espíritus que, con el pensamiento suspenso de las manos de Atenas y sin mezclarse a la avasalladora prosa de la vida exterior, formaron como una gota de aceite ático en las revueltas aguas de la onda romana.

Aparte de lo que la elección de sus asuntos, el personalismo nada expansivo de su poesía, su manifiesta aversión a las ideas e instituciones circunstantes, pueden contribuir a explicar el anti-americanismo involuntario del poeta, bastaría la propia índole de su talento para darle un significado de excepción y singularidad. Hay una línea que, como la que separa de lo azul la franja irisada del crepúsculo, separa en poesía americana el imperio de los colores francos y uniformes —oro y púrpura, como en Andrade; plata y celeste, como en Guido,—del *sens des nuances* de Rubén. Habíamos tenido en América poetas buenos y poetas inspirados, y poetas vigorosos; pero no habíamos tenido en América un gran poeta exquisito. Joya es ésa de estufa; vegetación extraña y mimosa que mal podía obtenerse de la explosión vernal de savia salvaje en que ha desbordado hasta ahora la juvenil vitalidad del pensamiento americano; algunas veces encauzada en toscos y robustos troncos que durarán como

las formas brutales, pero dominadoras, de nuestra naturaleza, y otras muchas veces difusa en gárrulas lianas, cuyos despojos enriquecen al suelo de tierra vegetal, útil a las florescencias del futuro.

Agreguemos, incidentalmente, que tampoco es fruto fácil de hallar, dentro de la moderna literatura española, el de la exquisitez literaria; entendiéndose por tal la selección y la delicadeza que se obtienen a favor de un procedimiento refinado y consciente; no lo "delicado" sentimental e instintivo de las *Rimas*. Suele tener aquella condición la prosa de don Juan Valera, por ejemplo; pero es indudable que, ni la genialidad tradicional de la raza, ni mucho menos las actuales influencias del medio sobre la producción, conspiran a favorecer, en el solar de nuestra lengua, tal modalidad de la belleza y del arte. En cuanto a América, la espontaneidad voluntariosa e inconsulta, reñida con todo divino ensueño de perfección, ha sido cosa tan natural en la obra de su pensamiento, como las improvisaciones agitadas en su obra de organización y de desarrollo material. Preferida escuela de sus poetas (como de sus repúblicas!) ha sido hasta hoy la que, con intraducible modo de decir, llamarían en Francia *l'école buissonnière* de la poesía y la política. Por otra parte, los románticos pusieron excesivamente en boga entre nosotros las abstracciones de cierta psicología estética que atribuía demasiada realidad al mito del "numen". Se creía con una candorosa buena fe en la inspiración que descende, a modo de relámpago, de los cielos abiertos; se tenían para cualquier severa discipli-

na los rencores del escolar para el latín; se iba a pasear a los prados y los bosques y, como Mathurin Regnier, se "cazaban los versos con reclamo."

Además, toda manifestación de poesía ha sido más o menos subyugada en América por la suprema necesidad de la propaganda y de la acción. El arte no ha sido, por lo general, sino la forma más remontada de la propaganda; y poesía que lucha no puede ser poesía que cincela. Este *utilitarismo* batallador que, bien o mal depurado de la inevitable escoria prosaica, aparece en casi todas las páginas de nuestra Antología, basta para que resalte con un enérgico relieve de originalidad la obra, enteramente desinteresada y libre, del autor de *Azul*. No cabe imaginar una individualidad literaria más agena que ésta a todo sentimiento de solidaridad social y a todo interés por lo que pasa en torno suyo. Se diría que es *lo menos Béranger* que puede ser un poeta; lo que, en sentir de algunos, equivaldría a decir que es todo lo poeta que puede ser un mortal. Alguna vez tuvo su musa la debilidad de cantar combates y victorias; pero la creo convencida de que, como en la frente de la Herminia del Tasso, el casco de guerra sienta mal sobre su frente, hecha para orlarse de rosas y de mirtos. Heredia, Olmedo, Andrade, dibujan, más o menos conscientemente, en derredor de sus versos, el circuito de un Forum, las gradas que se dominan desde una tribuna; en tanto que la de Rubén Darío es una mente de poeta que tendría su medio natural en un palacio de príncipes espirituales y conversadores. Yo no le creo incapaz de predicar la buena nue-

va; pero afirmo que, para hacerle maestro de la verdad, sería necesario prepararle una decoración renovada de los más bellos pasajes del Genezareth de idilio, de Renán; vestir al apóstol con túnica de oro y de seda; ungir de nardo su cabeza y sus hombros.... y todavía, conseguir del Enemigo Malo que las prostitutas y los publicanos fuesen gentes delicadamente perversas, sin ninguna emanación de vulgaridad.

Cierta referencia del mismo autor de *La Abadesa de Jouarre*, que glosaremos con una frase de Bacón, nos dará de antemano la síntesis de nuestro estudio de la personalidad y las ideas del poeta. "La verdad de los dioses debe inferirse únicamente por la belleza de los templos que se les han levantado," le decía a Renán un artista amigo. "No hay refinada belleza sin algo extraño en sus proporciones," afirmaba el genial y abyecto Canciller. — Todo Rubén Darío está en la doctrina que puede deducirse lógicamente de esos dos postulados.—El Dios bueno es adorable porque es hermoso; y será la más verdadera aquella religión que nos lo haga imaginar más hermoso que las otras.... y un poco *raro* además. — *Le rare est le bon*, dijo el maestro.—Satán es digno de ser ponderado en letanías siempre que se encarne en formas que tengan la selección de Alcibíades, los fulgores de Apolo, la impavidez de Don Juan, la espiritualidad de Mercurio, la belleza de París. En cuanto a las cosas de la tierra, ellas sólo ofrecen, para nuestro artista, un interés *reflejo* que adquieren de su paso por la Hermosura, y que se desvanece apenas han pasado. Frente a la realidad positiva, a las que el Evangelio llama *dispu-*

tas de los hombres, a todo lo oscuro y lo pesado de la agitación humana, su actitud es un estupor exotérico o un silencio desdeñoso. Nada sino el arte. Y como el arte significa esencialmente la Apariencia divinizada, y pone en las cabezas el mareo fácil de la alondra para ir hacia "todo lo que luce y hace ruido", prefiere un rey a un presidente de República,—y a Washington, *Hala-gabal*. Se reina bien cuando se reina de manera adecuada para proporcionar a una reducida porción de hombres elegidos las más frecuentes e intensas sensaciones de felicidad y de belleza. La acción vale como parodia del ensueño. El grande hombre de acción sería el absoluto y todopoderoso monarca que, considerando la sociedad como el mármol donde él estaría obligado a cincelar una estatua a un tiempo enorme y exquisita, la recortara, la trozase despiadadamente, para organizarla con arreglo a una suprema idea de originalidad novelesca y de magnificencia exterior.

Nada sino el arte, repito. Su "naturaleza literaria" vibra entera en esa palabra. Su talento la lleva por signo lo mismo en la faz que mira al Capitolio que en la que mira a la Tarpeya: en la de los aciertos y en la de las culpas. Imaginad su mundo íntimo como un horizonte avasallado por una cumbre solitaria, donde la Belleza hace llegar sus rayos de cerca y donde el amor de la Belleza se levanta poderoso, altivo, vencedor. Todo lo demás de la realidad y de la idea queda en el fondo oscuro del valle.... Las cosas sólo salen de la oscuridad de la indiferencia cuando un rayo de aquel amor las ilumina. Y del imperio de ese sentimiento único,—receloso tirano de su rei-

no interior, — ha nacido esta organización de poeta, verdaderamente extraña y escogida, como nace, de la cristalización del carbono puro, la piedra incomparable.

Los que, ante todo buscáis en la palabra de los versos, la realidad del mito del pelícano, la ingenuidad de la confesión, el abandono generoso y veraz de un alma que se os entrega toda entera, renunciad por ahora a cosechar estrofas que sangren como arrancadas a entrañas palpitantes. Nunca el áspero grito de la pasión devoradora e intensa se abre paso al través de los versos de este artista poéticamente calculador, del que se diría que tiene el cerebro macerado en aromas y el corazón vestido de piel de Suecia. También sobre la expresión del sentimiento personal triunfa la preocupación suprema del arte, que subyuga a ese sentimiento y lo limita; y se prefiere,—antes que los arrebatados ímpetus de la pasión, antes que las actitudes trágicas, antes que los movimientos que desordenan en la línea la esbelta y pura limpidez,—los mórbidos e indolentes escorzos, las serenidades ideales, las languideces pensativas, todo lo que hace que la túnica del actor pueda caer constantemente, sobre su cuerpo flexible, en pliegues llenos de gracia.

Y ese mismo amaneramiento *voulu* de selección y de medida que le caracteriza en el sentimiento, le domina también en la descripción. Está lleno de imágenes, pero todas ellas son tomadas a un mundo donde genios celosos niegan la entrada a toda realidad que no se haya bañado en veinte aguas purificadoras. Porque Rubén Darío sería absolutamente incapaz de extraer poesía de

las excursiones en que el pie felino de la musa de Beaudelaire hollaba, con cierta morbosa delectación, el cieno de los barrios inmundos, y en que ella desplegabá sus alas de murciélago para remover la impureza de las nieblas plomizas. Ve intensamente, pero no ve sino ciertos delicados aspectos del mundo material. La intensidad de su visión se reserva para las cosas hermosas. Cierra los ojos a la impresión de lo vulgar. Lleva constantemente a la descripción el amor de la suntuosidad, de la elegancia, del deleite, de la exterioridad graciosa y escogida. Su taller opulento no da entrada sino a los materiales de que, si fuese suya la lámpara de Aladino, habría de rodearse en la realidad. Oro, mármol y púrpura, para construir, bajo la advocación de Scheherazada, salones encantados. Todas las formas que ha fijado en el verso revelan ese mismo culto de la plasticidad triunfal, deslumbradora, que se armoniza en él con el de la espiritualidad selecta y centelleante. El *instinto del lujo*,—del lujo material y el del espíritu,—la adoración de la apariencia pulcra y hermosa, con cierta indolente *non curanza* del sentido moral.

Tal inclinación, entre epicúrea y platónica, a lo Renacimiento florentino, no sería encomiable como modelo de una escuela, pero es perfectamente tolerable como signo de una elegida individualidad. De ese modo de ver no nacerán en el arte literario las obras arquitecturales e imponentes (y desde luego, es indudable que no nacerán poemas cosmogónicos, ni romances sibilinos, ni dramas cejijuntos); pero nacen versos precioso: versos de una distinción impecable y genti-

licia, de un incomparable refinamiento de expresión; versos que parecen brindados, a quien los lee, sobre la espuma que rebosa de un vino de oro en un cristal de baccarat, o en la perfumada cavidad de un guante cuando apenas se lo ha quitado una mano principesca... Todas las selecciones importan una limitación, un *empequeñecimiento* extensivo; y no hay duda de que el refinamiento de la poesía del autor de *Azul* la *empequeñece* desde el punto de vista del contenido humano y de la universalidad. No será nunca un poeta popular, un poeta aclamado *en medio de la vía*. El lo sabe, y me figuro que no le inquieta gran cosa. Dada su manera, el papel de *representante de multitudes* debe repugnarle tanto como al poeta de las *Flores del mal*, que, con una disculpable petulancia, se jactaba de no ser lo suficientemente *bête* para merecer el sufragio de las mayorías... Lejos del vano estrépito del circo; *en la sede del arte severo y del silencio*, como él gusta decir evocando la grave frase *d'annunziana*, pule, cincela a modo de un *buen monje artífice*, y consulta a los habitantes de su reino interior.— Recuerdo a este propósito que uno de los personajes de *L'Immortel*, de Daudet, plantea esta cuestión interesante: *Si acaso Robinson hubiera sido artista, poeta, escritor, ¿hubiera continuado siéndolo en la soledad? ¿Hubiera producido?* He ahí una duda que, para los artistas de la raza del nuestro, apenas admite explicación. En el individualismo soberbio de este poeta—aunque prive a su poesía de la amplitud humana y generosa que realza a la de los que cantan con vocación y majes-

tad de hierofantes — hay un fondo legítimo que ningún alma dotada de *entendimiento de hermosura* será osada a negar. Ciertamente: la Belleza soñada, es, de todas las cosas del mundo, la que mejor justifica los individualismos hurafios y rebeldes: es un santo horror el que tiene el artista a la tiranía de los más, al pensamiento vestido con librea de uniforme: el Arte y la multitud están hechos de distinta substancia. El Arte es cosa leve, y Calibán tiene las manos toscas y duras. Pero se le puede abominar en el Arte y amarle cristianamente en la realidad. Rubén Darío no le ama ni en la realidad ni en el Arte. Sé que no se indignará conmigo si, atribuyéndole un sibaritismo de corazón que haría rugir a Edmundo Schérer, cuyas invectivas contra Gautier acabo de dejar de las manos, me creo autorizado a pensar que, como el personaje de *Mademoiselle Maupín*, sólo se siente inclinado a dar limosna cuando la sordidez y los andrajos tienen aspecto de cuadro de Rivera o de Goya...

Todas las predilecciones que revelan sus versos: todo ese grupo favorito de imágenes, de reminiscencias, de nombres, que forma un característico *corso e ricorso* alrededor de la obra de cada artista, responden en el nuestro al mismo delicado instinto de selección. La Grecia clásica y la Francia de Luis XV le darán alternativamente objetos para sus decoraciones: símbolos todas de una organización espiritual que huye lo ordinario, como el armiño lo impuro. Ama prodigar la seda, el oro, el mármol, como términos de comparación.

Aún más que la rosa purpurada *en sangre peccadora*, es el lirio heráldico y beato la flor con que nos encontraremos al leerle. Y si se nos preguntase por el sér animado en que debería simbolizarse el *genio* familiar de su poesía, sería necesario que citásemos, no al león ni al águila que obsedían la imaginación de Víctor Hugo, ni siquiera al ruisenior querido de Heine, sino al cisne, el ave wagneriana, el blanco y delicado cisne que surge a cada instante sobre la onda espumosa de sus versos, llamado por insistente evocación, y cuya imagen prodría grabarse, el día que se blasonara la nobleza de los poetas, en uno de los cuarteles de su escudo. de la manera como se grabaría en el escudo peético de Poe el cuervo ominoso, y el gato pensativo y hierático en el blasón de Baudelaire.

Toda la complejidad de la psicología de este poeta puede reducirse a una suprema unidad; todas las antinomias de su mente se resuelven en una síntesis perfectamente lógica y clara si se las mira a la luz de esta absoluta pasión por lo selecto y por lo hermoso, que es el único quicio incommovible en su espíritu. No es el parnasianismo helado; pero es, en cierta manera, un parnasianismo extendido al mundo interior, y en el que las ideas y los sentimientos hacen el papel de lienzos y bronces. Teófilo Gautier no tenía reparo en confesar que, consideradas las cosas poniéndose en el mirador del Arte, le parecía preferible una magnífica pantera a un sér racional; lo que no impedía que el hombre pudiera hacerse superior a la pantera despo ándola de su piel para recortarse una hermosa túnica. Hay en

Rubén Darío la virtualidad de una estética semejante. El pensamiento malo que viene revestido con una pintada piel de pantera, vale más que el pensamiento bueno que viste de librea o con una corrección afectadamente vulgar. Pero se concede a los moralistas que si el buen pensamiento desnuda de su bizarra piel al animal feroz y se la pone regiamente sobre los hombros, valdrá más que el pensamiento malo.

Y ahora que he tratado de caracterizar a mi manera la genialidad del poeta, y he sintetizado todo lo dicho en ese ejemplo extremoso, oigo que me pregunta una voz interior que se anticipa a muchas voces extrañas: ¿No crees tú que tal concepción de la poesía encierra un grave peligro, un peligro mortal, para esa arte divina, puesto que, a fin de hacerla *enfermar de selección*, le limita la luz, el aire, el jugo de la tierra? Seguramente, si todos los poetas fueran así.

Pero ¿acaso no existiría un peligro igual para la armonía de la Naturaleza y para la sociedad de los hombres si todas las plantas fueran orquídeas, diamantes y rubíes todas las piedras, todas las aves cisnes o faisanes, y todas las mujeres sirvieran para figurar en crónicas de Gyp y cuentos de Mendéz?.....

Mal entenderá a los escritores y a los artistas el que los juzgue por la obra de los imitadores y por la prédica de los sectarios. Si yo incurriera en tal extravío del juicio, no tributaría seguramente al poeta este homenaje de mi equidad, que no es el de un discípulo ni el de un oficioso adorador. Por lo demás, está aún más lejos de

ser el homenaje arrancado a un espectador de mala voluntad por la irresistible imposición de la obra. No creo ser un adversario de Rubén Darío. De mis conversaciones con el poeta he obtenido la confirmación de que su pensamiento está mucho más fielmente en mí que en casi todos los que le invocan por credo a cada paso. Yo tengo la seguridad de que, ahondando un poco más bajo nuestros *pensares*, nos reconoceríamos buenos camaradas de ideas. Yo soy un *modernista* también; yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo: a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas. Y no hay duda de que la obra de Rubén Darío responde, como una de tantas manifestaciones, a ese sentido superior; es en el arte una de las formas personales de nuestro anárquico idealismo contemporáneo; aunque no lo sea—porque no tiene intensidad para ser nada serio—la obra frívola y fugaz de los que le imitan, el vano producir de la mayor parte de la juventud que hoy juega infantilmente en América al juego literario de los colores.

Por eso yo he separado cuidadosamente en otra ocasión, el talento personal de Darío, de las causas a que debemos tan abominable resultado; y le he absuelto, por mi parte, de toda pena, recordando que los poetas de individualidad poderosa tienen, en sentir de uno de ellos, el atributo regio de la irresponsabilidad. — Para los imi-

tadores, dije entonces, ha de ser el castigo, pues es suya la culpa; a los imitadores ha de considerárseles los falsos demócratas del arte, que, al hacer plebeyas las ideas, al rebajar a la ergástula de la vulgaridad los pareceres, los estilos, los gustos, cometen un pecado de profanación quitando a las cosas del espíritu el pudor y la frescura de la virginidad.

Pero la imitación servil e imprudente no es, por cierto, el influjo madurador que irradia de toda fuerte empresa intelectual; de toda alta producción puesta al servicio de una idea y conscientemente atendida. — El poeta viaja ahora, rumbo a España. — Encontrará un gran silencio y un dolorido estupor, no interrumpidos ni aun por la nota de una elegía, ni aun por el rumor de las hojas sobre el surco, en la soledad donde aquella madre de vencidos caballeros sobrelleva — menos como la Hécuba de Eurípides que como la Dolorosa del Ticiano — la austera sombra de su dolor inmerecido. — Llegue allí el poeta llevando buenos anuncios para el florecer del espíritu en el habla común, que es el arca santa de la raza; *destáquese en la sombra la vencedora figura del Arquero*; hable a la juventud, a aquella juventud incierta y aterida cuya prima vera no da flores tras el invierno de los maestros que se van, y enciéndala en nuevos amores y nuevos entusiasmos. Acaso, en el seno de esa juventud que duerme, su llamado pueda ser el signo de una renovación; acaso pueda ser saludada, en

el reino de aquella agostada poesía, su presencia, como la de los príncipes que en el cuento oriental traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta...

JOSE ENRIQUE RODO

Montevideo—1899.

(Del prólogo de *Prosas Profanas*.)

La obra literaria de Rubén Darío

JUZGADA POR G. MARTÍNEZ SIERRA.

Las emociones intelectuales, he dicho, son las emociones contemporáneas. A mi entender la potencia *emotiva* del corazón se va substituyendo en nuestros días por el poder emocional del intelecto, y el Arte, no sé si maestra o cortesana del espíritu, acomodándose a esta evolución, produce frutos de sabor nuevo, obras con sal de sabiduría. De sabiduría, porque para mover el alma contemporánea a emoción de arte es preciso que la obra sea perfecta: ya la inconsciencia, por muy genial que pretenda ser, ha perdido su virtud milagrosa en todos los órdenes de la actividad; contemporáneamente es harto difícil lograrse una de aquellas centelleantes famas, características del siglo pasado, con un discurso, con una estrofa, con una escena; las colectividades que constituyen el público van adquiriendo lentamente cierto don de crítica y una delicadeza de gusto que se deleita en el nue-

vo ejercicio del saboreo intelectual; y esto va matando a la improvisación flamante y lírica, ya que el mismo genio necesita ciencia, y la inspiración trabajo reflexivo para realizar su obra. ¿Son por esta razón menos bellas las obras de arte? No lo son, pero tienen distinto matiz de belleza. Busca el espíritu la perfección y da con ella, y entonces surge una nueva voluptuosidad, antaño sólo conocida de místicos y filósofos: la voluptuosidad del intelecto en presencia del fin adecuado, del filósofo en presencia de la verdad, del místico ante la esencia divina. Intelecto y perfección están frente a frente, y el intelecto contemplando aquella maravilla que es su fin, que es su alimento adecuado, que es su atmósfera propia, ansía confundirse con ella, y como no lo logra en absoluto por falta de medios, experimenta un goce inquieto, sutil y atormentado, que es esta voluptuosidad nueva; y grita interiormente, y solloza, y aspira, y dice: *Me faltan sentidos para saborear*. A los indiferentes, a los no iniciados, este tormento sabroso e íntimo acaso les parece áspero y triste, como ásperos y tristes los caminos del amor de Dios a los que no aman, y acaso de esto procede la tristeza de que se tacha al arte contemporáneo; pienso yo que esta tristeza de que nos acusan acaso es sencillamente poder de reflexión, silencio poblado de voces interiores, intimidad del alma consigo misma, como un misticismo que hallase dentro del propio espíritu divinidad, altar y adorador. ¿Egoísmo? ¿Monstruosidad? No, no; porque el hombre interior es el único capaz de las grandes acciones exteriores y de los altruísmos fecundos; es el que sabe hacer y llegar con mano segura a socorrer las necesidades ajenas; el gran comprendedor es

el único que puede ser maestro, o guía, o consolador, o deleitador eficaz; las compasiones ignorantes, las abnegaciones irreflexivas, los entusiasmos impulsivos, pueden ser nobles, pero son estériles, porque casi siempre pecan de inadecuados. Después de Rodó, ¿quién puede hablar del valor potencial de la palabra oportuna? Y de la obra oportuna, ¿quién dirá cuanto debe decirse? El arte literario es palabra y es obra; ha de darse, pues, oportunamente, esto es, conscientemente; la santa Poesía ha de ser además sabia Poesía, para ser poesía perfecta y belleza impecable. Rubén Darío es maestro en esta sabiduría maravillosa: actualmente, el gran maestro de la belleza dicha en verso español. ¿Dicha? ¿Por qué no cincelada? No; tan noble es decir como cincelar. ¿Acaso no es más alto el linaje de las bellas palabras que el de las líneas bellas? ¿Qué bien labrada piedra vale más que una estrofa, hecha a golpe de espíritu, a ritmo de viento, a compás de sol, a fuego y luz de alma soliviantada y escrutadora; una estrofa como esas en que Rubén Darío ha hecho vibrar la música de la lengua española para cantar complejas maravillas, cisnes, mujeres, inquietudes, boscajes, marchas de triunfo, madrigales, filosofías viejas florecidas en corazones nuevos, galanterías inmortales, flores y centauros? Los versos impecables de Rubén Darío poseen en el más alto grado este nuevo poder inquietador: son perfectos, son sabios, tienen armonía de línea, y de sonido, y de perfume, y de color; son, en su diáfana hermosura, maravilla de complejidad, y hacen llorar no pocas veces sin estímulo alguno de sensuales blanduras, únicamente porque son perfectos. Para Rubén Darío, como para Jacinto Benavente, el asunto no es si-

no pretexto de arte, motivo de belleza, causa de perfección, algo secundario y misericordioso, algo a modo de compasiva parábola con qué hacer comprender el sentido de la belleza a espíritus menos refinados, a almas menos iluminadas; el sabor a tierra, el dulce sabor a humanidad es un señuelo para elevar espíritus a más nobles regiones: el profeta—Shelley ha dicho cuán noble misión profetizadora tienen los poetas en el mundo—condesiende en decir sus himnos y cánticos en la lengua profana, en encerrar sus inquietudes nuevas en las palabras cotidianas, y así va dando a éstas inesperadas significaciones. Esta labor es gloria de Rubén Darío, gran maestro, he dicho, del verso español, educador — debiera decirse — no menos grande de la joven intelectualidad española, poeta, profeta, legislador del nuevo vervo hispano de la belleza, mago que, apoderándose de la vieja carne de Europa, ha sabido infundir en ella el espíritu nuevo del mundo; porque a nadie se oculta cómo el autor ilustre de *Prosas profanas* ha hecho suyo todo el jugo espiritual de nuestras viejas literaturas y lo ha remozado en formas inauditas y musicales, ya sinfónicamente, ya en melodías apacibles, ya en rapsodias inquietadoras: de toda Europa, y entre toda y tal vez sobre todo de España; es peregrino y es conmovedor notar cómo este poeta, que no ha nacido en nuestra tierra, tiene el corazón enamorado de ella; cómo no sólo sabe profundamente y gusta refinadamente la miel y la sal de su poesía, sino que ama su tierra y su sol y sus mujeres y sus pueblos y sus flores, y cómo pasa una emoción cordial entre sus impecables estrofas cuando se engarza en ellas el nombre de España, y cuando en su prosa imperial

van añoranzas de cosas que fueron o pasan sombras grandes o evocaciones de glorias pretéritas, o cuando se oye la voz doliente y femenina del alma española de hoy, que está tan triste porque ya es vieja y aún no ha aprendido a dejar de ser niña, y tiene miedo y llora sobre sí misma, y deja que el sol le seque las lágrimas, y entonces inconsciente se pone de nuevo a cantar. Nuestro sol y el gemir de guitarras y el vino de luz y oro y el ritmo triste del canto andaluz, que tantos malos versos españoles han prostituído, se aristocratizan y sublimizan cuando Rubén Darío dice en seguidillas su elogio o rememora en prosa su sortilegio. España-corazón tiene esa deuda de cariño para el poeta americano, como España-juventud e intelecto tiene la de ciencia y belleza para el poeta universal. Así, amorosamente, debemos pagar nuestra admiración con palabras enseñadas a nosotros por él, en ritmos aprendidos al sonar de su flauta, encerrando una vez nuestro vino en su copa, agradecidamente, para la libación, a un tiempo humilde y exaltada, de nuestros entusiasmos.

G. MARTINEZ SIERRA

(Del libro *Motivos*.)

EN UNA PRIMERA PAGINA

CÁLAMO, deja aquí correr tu negra fuente
en el pórtico en donde la Idea alza la frente
luminosa y al templo de sus ritos penetra.
Cálamo, pon el símbolo divino de la letra
en gloria del vidente cuya alma está en su lira.
Bendición al que entiende, bendición al que admira.
De ensueño, plata o nieve, esta es la blanca puerta.
Entrad los que pensáis o sañáis. Ya está abierta.

El velo de la reina Mab

LA reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una boardilla donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos e inpertinentes, lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo, las hadas habían repartido sus dones a los mortales. A unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; a otros unas espigas maravillosas que al desgranarlas colmaban las trojes de riqueza; a otros unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra oro y piedras preciosas; a quiénes cabelleras espesas y músculos de Goliat, y masas enormes para machacar el hierro encendido; y a quienes, talones fuertes y piernas ágiles para montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienden las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera, al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

La reina Mab oyó sus palabras. Decía el primero:—¡Y bien! ¡Heme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol. ¡Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos el oro, otros la armonía, otros la luz; yo pienso en la blanca y divina Venus, que muestra su desnudez bajo el plafón color de cielo. Yo quiero dar a la masa la línea y la hermosura plástica; y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro, y amo los desnudos en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh, Fidias! Tú eres para mí soberbio y augusto como un semidiós, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosuras que a tus ojos arrojan el magnífico Kiton, mostrando la esplendidez de la forma en sus cuerpos de rosa y de nieve.

Tú golpeas, hieres y domas al mármol, y sueña el golpe armónico como un verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Para ti son los Apolos rubios y luminosos, las Minervas severas y soberanas. Tú, como un mago, conviertes la roca en simulacro y el colmillo del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos gloriosos. Porque tiemblo ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque a medida que cincelo el bloque me ataraza el desaliento.

* * *

Y decía el otro:—Lo que es hoy romperé mis pinceles. ¿Para qué quiero el iris y esta gran paleta del campo florido, si a la postre mi cuadro no será admitido en el salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas, todas las inspiraciones artísticas. He pintado el torso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido a las campiñas sus colores, sus matices; he adulado a la luz como a una amada, y la he abrazado como a una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificencias, con los tonos de sus carnaciones y con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto! ¡el porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para poder almorzar!

Y yo, ¡que podría en el estremecimiento de mi inspiración, trazar el gran cuadro que tengo aquí adentro!...

* * *

Y decía el otro:—Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías, temo todas las decepciones. Yo escucho todas las armonías, desde la lira de Terpandro hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oyó la música de los astros. Todos los ruidos pueden aprisionarse, todos los ecos son susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis escalas cromáticas.

La luz vibrante es himno, y la melodía de la

selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el canto del pájaro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia.

Entretanto, no diviso sino la muchedumbre que befa, y la celda del manicomio.

* * *

Y el último:—Todos bebemos del agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul; y para que los espíritus gocen de su luz suprema, es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro, y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume: tengo el amor. Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conocéis mi morada. Para los vuelos inconmensurables tengo alas de águila que parten a golpes mágicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la estrofa, y entonces, si veis mi alma, conoceréis a mi musa. Amo las epopeyas, porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas, porque son olorosas a verbena y a tomillo, y al santo aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal; mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre.

* * *

Entonces la reina Mab, del fondo de su carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros, o de mi-

radas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños, que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió a los cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes, Los cuales cesaron de estar tristes, porque penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones a los pobres artistas.

Y desde entonces, en las boardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farandolas alrededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito.

La canción del oro

Aquel día, un harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizá un poeta, llegó, bajo la sombra de los altos álamos, a la gran calle de los palacios, donde hay desafíos de soberbia entre el ónix y el pórfito, el ágata y el mármol; en donde las altas columnas, los hermosos frisos, las cúpulas doradas reciben la caricia pálida del sol moribundo.

Había tras los vidrios de las ventanas, en los vastos edificios de la riqueza, rostros de mujeres gallardas y de niños encantadores. Tras las rejas se adivinaban extensos jardines, grandes verdores salpicados de rosas y ramas que se balanceaban acompasada y blandamente como bajo la ley de un ritmo. Y allá, en los grandes salones, debía de estar el tapiz purpurado y lleno de oro, la blanca estatua, el bronce chino, el tabor cubierto de campos azules y de arrozales tupidos, la gran cortina recogida como una falda, ornada de flores opulentas, donde el ocre oriental hace vibrar la luz en la seda que resplandece. Luego, las lunas venecianas, los palisandros y los cedros, los nácares y los ébanos, y el piano negro y abierto, que ríe mostrando sus teclas como una linda dentadura; y las arañas cristalinas, donde alzan las velas profusas la aristocracia de su blanca cera.

¡ Oh, y más allá ! Más allá el cuadro valioso, dorado por el tiempo, el retrato que firma Durand o Bounat, y las preciosas acuarelas en que el tono rosado parece que emerge de un cielo puro y envuelve en una onda dulce desde el lejano horizonte hasta la hierva trémula y humilde. Y más allá....

* * *

(Muere la tarde.

Llega a las puertas del palacio un carruaje flamante y charolado. Baja una pareja, y entra con tal soberbia en la mansión, que el mendigo piensa: decididamente, el aguilucho y su hembra van al nido. El tronco, ruidoso y azogado, a un golpe de látigo, arrastra el carruaje, haciendo relampaguear las piedras. Noche.)

* * *

Entonces, en aquel cerebro de loco, que ocultaba un sombrero raído, brotó como el germen de una idea que pasó al pecho, y fué opresión, y llegó a la boca hecho himno que le encendía la lengua y hacía entrechocar los dientes. Fué la visión de todos los mendigos, de todos los suicidas, de todos los borrachos, del harapo y de la llaga, de todos los que viven ¡ Dios mío ! en perpetua noche, tanteando la sombra, cayendo al abismo, por no tener un mendrugo para llenar el estómago. Y después, la turba feliz, el lecho blando, la trufa y el áureo vino que hierve, el raso y el moaré que con su roce ríen; el novio rubio y la novia morena cubierta de pedrería y blonda, y el gran reloj que la suerte tiene para medir la vida de los feli-

ces opulentos, que en vez de granos de arena, deja caer escudos de oro.

* * *

Aquella especie de poeta sonrió; pero su faz tenía aire dantesco. Sacó de su bolsillo un pan moreno, comió y dió al viento su himno. Nada más cruel que aquel canto tras el mordisco.

* * *

¡Cantemos el oro!

Cantemos el oro, rey del mundo, que lleva dicha y luz por donde va, como los fragmentos de un sol despedazado.

Cantemos el oro, que nace del vientre fecundo de la madre tierra; inmenso tesoro, leche rubia de esa ubre gigantesca.

Cantemos el oro, río caudaloso, fuente de la vida, que hace jóvenes y bellos a los que se bañan en sus corrientes maravillosas, y envejece a aquellos que no gozan de sus raudales.

Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales, y porque se derrama por los mantos como un fuego sólido, e inunda las capas de los arzobispos, y refulge en los altares y sostiene al Dios eterno en las custodias radiantes.

Cantemos el oro, porque podemos ser unos perdidos, y él nos pone mamparas para cubrir las locuras abyectas de la taberna y las vergüenzas de las alcobas adúlteras.

Cantemos el oro, porque al saltar del cuño lleva en su disco el perfil soberbio de los césares, y

va a repletar las cajas de sus vastos templos, los bancos, y mueve las máquinas, y da la vida, y hace engordar los tocinos privilegiados.

Cantemos el oro, porque él da los palacios y los carruajes, los vestidos a la moda y los frescos senos de las mujeres garridas, y las genuflexiones de espinazos aduladores, y las muecas de los labios eternamente sonrientes.

Cantemos el oro, padre del pan.

Cantemos el oro, porque es, en las orejas de las lindas damas, sostenedor del rocío del diamante, al extremo de tan sonrosado y bello caracol; porque en los pechos siente el latido de los corazones, y en las manos, a veces, es símbolo de amor y de santa promesa.

Cantemos el oro, porque tapa las bocas que nos insultan, detiene las manos que nos amenazan, y pone vendas a los pillos que nos sirven.

Cantemos el oro, porque su voz es música encantada; porque es heroico y luce en las corazas de los héroes homéricos, y en las sandalias de las diosas, y en los coturnos trágicos, y en las manzanas del jardín de las Hespérides.

Cantemos el oro, porque de él son las cuerdas de las grandes liras, la cabellera de las más tiernas amadas, los granos de la espiga y el peplo que al levantarse viste la olímpica aurora.

Cantemos el oro, premio y gloria del trabajador y pasto del bandido.

Cantemos el oro, que cruza por el carnaval del mundo disfrazado de papel, de plata, de cobre y hasta de plomo.

Cantemos el oro, amarillo como la muerte.

Cantemos el oro, calificado, de vil por los ham-

brientos: hermano del carbón, oro negro que incuba el diamante; rey de la mina, donde el hombre lucha y la roca se desgarrá; poderoso en el poniente, donde se tiñe en sangre; carne de ídolo, tela de que Fidias hace el traje de Minerva.

Cantemos el oro, en el arnés del caballo, en el carro de guerra, en el puño de la espada, en el lauro que ciñe cabezas luminosas, en la copa del festín dionisiaco, en el alfiler que hiere el seno de la esclava, en el rayo del astro y en el champaña que burbujea como una disolución de topacios hirvientes.

Cantemos el oro, porque nos hace gentiles, educados y pulcros.

Cantemos el oro, porque es la piedra de toque de toda amistad.

Cantemos el oro, purificado por el fuego, como el hombre por el sufrimiento; mordido por la lima, como el hombre por la envidia; golpeado por el martirio, como el hombre por la necesidad; realzado por el estuche de seda, como el hombre por el palacio de mármol.

Cantemos el oro, esclavo, despreciado por Jerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Hermitaño, quien tenía por alcázar una cueva bronca y por amigos las estrellas de la noche, los pájaros del alba y las fieras hirsutas y salvajes del yermo.

Cantemos el oro, dios becerro, tuétano de roca misterioso y callado en su entraña, y bullicioso cuando brota a pleno sol y a toda vida, sonante como un coro de tímpanos; feto de astros, residuo de luz, encarnación de éter.

Cantemos el oro, hecho sol, enamorado de la noche, cuya camisa de crespón riega de estrellas brillantes, después del último beso, como con una gran muchedumbre de libras esterlinas.

¡Eh, miserables beodos, pobres de solemnidad, prostitutas, mendigos, vagos, rateros, bandidos, pordioseros, peregrinos, y vosotros los desterrados, y vosotros los holgazanes, y sobre todo vosotros, oh poetas!

¡Unámonos a los felices, a los poderosos, a los banqueros, a los semidioses de la tierra!

¡Cantemos el oro!

* * *

Y el eco se llevó aquel himno, mezcla de gemido, ditirambo y carcajada; y como ya la noche oscura y fría había entrado, el eco resonaba en las tinieblas.

Pasó una vieja y pidió limosna.

Y aquella especie de harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizá un poeta, le dió su último mendrugo de pan petrificado, y se marchó por la terrible sombra, rezonando entre dientes.

El pájaro azul

París es teatro divertido y terrible. Entre los concurrentes al Café Plombier, buenos y decididos muchachos—pintores, escultores, escritores, poetas; sí, ¡todos buscando el viejo laurel verde!—ninguno más querido que aquel pobre Garcín, triste casi siempre, buen bebedor de ajeno, soñador que nunca se emborrachaba y, como bohemio intachable, bravo improvisador.

En el cuartucho destartelado de nuestras alegres reuniones, guardaba el yeso de las paredes, entre los esbozos y rasgos de futuros Delacroix, versos, estrofas enteras escritas en la letra echada y gruesa de nuestro *pájaro azul*.

El pájaro azul era el pobre Garcín. ¿No sabéis por qué se llamaba así? Nosotros le bautizamos con ese nombre.

Ello no fué un simple capricho. Aquel excelente muchacho tenía el vino triste. Cuando le preguntábamos por qué, cuando todos reíamos como insensatos o como chicuelos, él arrugaba el ceño y miraba fijamente el cielo raso, nos respondía sonriendo con cierta amargura:

—Camaradas: habéis de saber que tengo un pájaro azul en el cerebro, por consiguiente...

* * *

Sucedía también que gustaba de ir a las campiñas nuevas, al entrar la primavera. El aire del bosque hacía bien a sus pulmones, según nos decía el poeta.

De sus excursiones solía traer ramos de violetas y gruesos cuadernillos de madrigales, escritos al ruido de las hojas y bajo el ancho cielo sin nubes. Las violetas eran para Niní, su vecina, una muchacha fresca y rosada, que tenía los ojos muy azules.

Los versos eran para nosotros. Nosotros los leíamos y los aplaudíamos. Todos teníamos una alabanza para Garcín. Era un ingenio que debía brillar. El tiempo vendría. ¡ Oh, el pájaro azul volaría muy alto ! ¡ Bravo ! ¡ bien ! ¡ Eh, mozo, más ajeno !

* * *

Principios de Garcín :

De las flores, las lindas campánulas.

Entre las piedras preciosas, el zafiro.

De las inmensidades, el cielo y el amor ; es decir, las pupilas de Niní.

Y repetía el poeta : Creo que siempre es preferible la neurosis a la estupidez. ¶

* * *

¶ A veces Garcín estaba más triste que de costumbre.

Andaba por los bulevares ; veía pasar indiferente los lujosos carruajes, los elegantes, las

hermosas mujeres. Frente al escaparate de un joyero sonreía; pero cuando pasaba cerca de un almacén de libros, se llegaba a las vidrieras, husmeaba y, al ver las lujosas ediciones, se declaraba decididamente envidioso, arrugaba la frente; para desahogarse, volvía el rostro hacia el cielo y suspiraba. Corría al café en busca de nosotros, conmovido, exaltado, pedía su vaso de ajenjo, y nos decía:

—Sí, dentro de la jaula de mi cerebro está preso un pájaro azul que quiere su libertad...

* * *

Hubo algunos que llegaron a creer en un descalabro de razón.

Un alienista a quien se le dió noticia de lo que pasaba, calificó el caso como una monomanía especial. Sus estudios patológicos no dejaban lugar a duda.

Decididamente, el desgraciado Garcín estaba loco.

Un día recibió de su padre, un viejo provinciano de Normandía, comerciante en trapos, una carta que decía lo siguiente, poco más o menos:

“Sé tus locuras en París. Mientras permanezcas de ese modo, no tendrás de mí ni un solo *sou*. Ven a llevar los libros de mi almacén, y cuando hayas quemado, gandul, tus manuscritos de tonterías, tendrás mi dinero.”

Esta carta se leyó en el Café Plombier.

—¿Y te irás?

—¿No te irás?

—¿Aceptas?

—¿Desdeñas?

¡ Bravo Garcín ! Rompió la carta, y soltando el trapo a la ventana, improvisó unas cuantas estrofas, que acababan, si mal no recuerdo:

¡ Sí, seré siempre un gandul,
lo cual aplaudo y celebro,
mientras sea mi cerebro
jaula del pájaro azul !

* * *

Desde entonces Garcín cambió de carácter. Se volvió charlador, se dió un baño de alegría, compró levita nueva y comenzó un poema en tercetos, titulado, pues es claro: *El pájaro azul*.

Cada noche se leía en nuestra tertulia algo nuevo de la obra. Aquello era excelente, sublime, disparatado.

Allí había un cielo muy hermoso, una campiña muy fresca, países brotados como por la magia del pincel de Corot, rostros de niños asomados entre flores, los ojos de Niní húmedos y grandes; y por añadidura, el buen Dios que envía volando, volando, sobre todo aquello, un pájaro azul que sin saber cómo ni cuándo, anida dentro del cerebro del poeta, en donde queda aprisionado. Cuando el pájaro quiere volar y abre las alas y se da contra las paredes del cráneo, se alzan los ojos al cielo, se arruga la frente y se bebe ajeno con poca agua, fumando además, por remate, un cigarrillo de papel.

He aquí el poema.

Una noche llegó Garcín riendo mucho, y, sin embargo, muy triste.



La bella vecina había sido conducida al cementerio.

—¡ Una noticia ! ¡ una noticia ! Canto último de mi poema. Niní ha muerto. Viene la primavera y Niní se va. Ahorro de violetas para la campaña. Ahora falta el epílogo del poema. Los editores no se dignan siquiera leer mis versos. Vosotros muy pronto tendréis que dispersaros. Ley del tiempo. El epílogo debe de titularse así: *De cómo el pájaro azul alza el vuelo al cielo azul.*



¡ Plena primavera ! ¡ Los árboles florecidos, las nubes rosadas en el alba y pálidas por la tarde; el aire suave que mueve las hojas y hace aletear las cintas de los sombreros de paja con especial ruido ! Garcín no ha ido al campo.

Héle aquí, viene con traje nuevo, a nuestro amado Café Plombier, pálido, con una sonrisa.

—¡ Amigos míos, un abrazo ! Abrazadme todos, así, fuerte; decidme adiós, con todo el corazón, con toda el alma... El pájaro azul vuela...

Y el pobre Garcín lloró, nos estrechó, nos apretó las manos con todas sus fuerzas y se fué.

Todos dijimos: Garcín, el hijo pródigo, busca a su padre, el viejo normando. — Musas, adiós; adiós, Gracias. ¡ Nuestro poeta se decide a medir trapos ! ¡ Eh ! ¡ Una copa por Garcín !

Pálidos, asustados, entristecidos, al día siguiente todos los parroquianos del Café Plombier, que metíamos tanta bulla en aquel cuarto-

cho destartalado, nos hallábamos en la habitación de Garcín. Él estaba en su lecho, sobre las sábanas ensangrentadas, con el cráneo roto de un balazo. Sobre la almohada había fragmentos de masa cerebral... ¡Horrible!

Cuando, repuestos de la impresión, pudimos llorar ante el cadáver de nuestro amigo, encontramos que tenía consigo el famoso poema. En la última página había escritas estas palabras:

Hoy, en plena primavera, dejo abierta la puerta de la jaula del pájaro azul.

* * *

¡Ay, Garcín, cuántos llevan en el cerebro tu misma enfermedad!

La nínfa

EN el castillo que últimamente acababa de adquirir Lesbia, esta actriz caprichosa y endiablada que tanto ha dado que decir al mundo por sus extravagancias, nos hallábamos a la mesa hasta seis amigos. Presidía nuestra Aspasia, quien a la sazón se entretenía en chupar como niña golosa, un terrón de azúcar húmedo, blanco, entre las yemas sonrosadas. Era la hora del chartreuse. Se veía en los cristales de la mesa como una disolución de piedras preciosas, y la luz de los candelabros se descomponía en las copas medio vacías, donde quedaba algo de la púrpura del borgoña, del oro hirviente del Champaña, de las líquidas esmeraldas de la menta.

Se hablaba con el entusiasmo de artistas de buena pasta, tras una buena comida. Eramos todos artistas, quien más, quien menos; y aun había un sabio obeso que ostentaba en la albura de una pechera inmaculada, el gran nudo de una corbata monstruosa.

Alguien dijo:—¡Ah, sí, Fremiet!—Y de Fremiet se pasó a sus animales, a su cincel maestro, a dos perros de bronce que, cerca de nosotros, uno buscaba la pista de la pieza, y otro, como mirando al cazador, alzaba el pescuezo y arbolaba la delgadez de su cola tiesa y erecta. ¿Quién habló de Mi-

rón? El sabio, que recitó en griego el epigrama de Anacreonte: "Pastor, lleva a pastar más lejos tu boyada, no sea que creyendo que respira la vaca de Mirón, la quieras llevar contigo."

Lesbia acabó de chupar su azúcar, y con una carcajada argentina:

—¡Bah! Para mí los sátiros. Yo quisiera dar vida a mis bronce, y si esto fuese posible, mi amante sería uno de esos belludos semi-dioses. Os advierto que más que a los sátiros adoro a los centauros; y que me dejaría robar por uno de esos monstruos robustos, sólo por oír las quejas del engañado, que tocaría su flauta lleno de tristeza.

El sabio interrumpió:

—Los sátiros y los faunos, los hipocentauros y las sirenas, han existido como las salamandras y el ave Fénix.

Todos reímos; pero entre el coro de carcajadas, se oía irresistible, encantadora, la de Lesbia, cuyo rostro encendido, de mujer hermosa, estaba como esplandeciente de placer.

—Sí—continuó el sabio:—¿con qué derecho negamos los modernos, hechos que afirman los antiguos? El perro gigantesco que vió Alejandro, alto como un hombre, es tan real, como la araña Kraken que vive en el fondo de los Mares. San Antonio abad, de edad de noventa años, fué en busca del viejo ermitaño Pablo, que vivía en una cueva. Lesbia, no te rías. Iba el santo por el yermo, apoyado en su báculo, sin saber donde encontrar a quien buscaba. A mucho andar, ¿sabéis quién le dió las señas del camino que debía seguir? Un centauro; "medio hombre y medio caballo"—dice un autor.—Hablabá como enojado; huyó tan velozmente, que presto le perdió de vista

el santo; así iba galopando el monstruo, cabellos al aire y vientre a tierra.

En ese mismo viaje, San Antonio vió un sátiro, "hombrecillo de extraña figura, estaba junto a un arroyuelo, tenía las narices corvas, frente áspera y arrugada, y la última parte de su contrahecho cuerpo remataba con pies de cabra."

—Ni más ni menos—dijo Lesbia.— ¡M. de Co-
cureau, futuro miembro del Instituto!

Siguió el sabio:

—Afirma San Jerónimo, que en tiempo de Constantino Magno se condujo a Alejandría un sátiro vivo, siendo conservado su cuerpo euando murió.

Además, vióle el emperador en Antioquía.

Lesbia había vuelto a llenar su copa de menta, y humedecía su lengua en el licor verde como lo haría un animal felino.

—Dice Alberto Magno, que en su tiempo cogieron a dos sátiros en los montes de Sajonia. Eurico Zormano asegura que en tierras de Tartaria había hombres con sólo un pie, y sólo un brazo en el pecho. Vicencio vió en su época un monstruo que trajeron al rey de Francia; tenía cabeza de perro (Lesbia reía). Los muslos, brazos y manos tan sin vello como los nuestros (Lesbia se agitaba como una chicuela a quien hiciesen cosquillas); comía carne cocida y bebía vino con todas ganas.

—¡Colombine!—gritó Lesbia. Y llegó Colombine; una falderilla que parecía un copo de algodón. Tomóla su ama, y entre las explosiones de risa de todos:

—¡Toma, el monstruo que tenía tu cara!

Y le dió un beso en la boca, mientras el animal se estremecía e inflaba las narices como lleno de voluptuosidad.

—Y Filegón Traliano—concluyó el sabio elegantemente—afirma la existencia de dos clases de hipocentauros: una de ellas come elefantes.

—Basta de sabiduría—dijo Lesbia. Y acabó de beber menta.

Yo estaba feliz. No había desplegado mis labios.—¡Oh!—exclamé,—¡para mí las ninfas! Yo desearía contemplar esas desnudeces de los bosques y de las fuentes, aunque, como Acteón, fuese despedazado por los perros. ¡Pero las ninfas no existen!

Concluyó aquel concierto alegre con una gran fuga de risas, y de personas.

—¡Y qué!—me dijo Lesbia, quemándome con sus ojos de faunesa y con voz callada para que sólo yo la oyera,—¡las ninfas existen, tú las verás!

* * *

Era un día primaveral. Yo vagaba por el parque del castillo, con el aire de un soñador empedernido. Los gorriones chillaban sobre las lilas nuevas, y atacaban a los escarabajos que se defendían de los picotazos con sus corazas de esmeralda, con sus petos de oro y acero. En las rosas el carmín, el bermellón, la onda penetrante de perfumes dulces; más allá las violetas, en grandes grupos, con su color apacible y su olor a virgen. Después, los altos árboles, los ramajes tupidos llenos de mil abejas, las estatuas en la penumbra, los discóbolos de bronce, los gladiadores musculosos en sus soberbias posturas gímnicas, las glorietas perfumadas cubiertas de enredaderas, los pórticos, bellas imitaciones jónicas, cariátides todas blancas y lascivas, y vigorosos telamones del orden atlántico,

con anchas espaldas y muslos gigantescos. Vagaba por el laberinto de tales encantos cuando oí un ruido, allá en lo oscuro de la arboleda, en el estanque donde hay cisnes blancos como cincelados en alabastro, y otros que tienen la mitad del cuello del color del ébano, como una pierna alba con media negra.

Llegué más cerca. ¿Soñaba? ¡Oh, nunca! Yo sentí lo que tú, cuando viste en su gruta por primera vez a Egeria.

Estaba en el centro del estanque, entre la inquietud de los cisnes espantados, una ninfa, una verdadera ninfa, que hundía su carne de rosa en el agua cristalina. La cadera a flor de espuma parecía a veces como dorada por la luz opaca que alcanzaba a llegar por las brechas de las hojas. ¡Ah! yo vi lirios, rosas, nieve, oro, vi un ideal con vida y forma y oí entre el burbujeo sonoro de la linfa herida, como una risa burlesca y armoniosa que me encendía la sangre.

De pronto huyó la visión, surgió la ninfa del estanque, semejante a Citerea en su onda, y recogiendo sus cabellos, que goteaban brillantes, corrió por los rosales, tras las lilas y violetas, más allá de los típidos arbolares, hasta perderse, ¡ay!, por un recodo; y quedé yo, poeta lírico, fauno burlado, viendo a las grandes aves alabastrinas como mofándose de mí, tendiéndome sus largos cuellos en cuyo extremo brillaba bruñida el ágata de sus picos.

* * *

Después almorzábamos juntos aquellos amigos de la noche pasada, entre todos, triunfante, con su

pechera y su gran corbata oscura, el sabio obeso, futuro miembro del Instituto.

Y de repente, mientras todos charlaban de la última obra de Fremiet en el salón, exclamó Lesbia con su alegre voz parisiense:

—¡Té! como dice Tartarín: ¡el poeta ha visto ninfas!....—La contemplaron todos asombrados, y ella me miraba, me miraba como una gata, y se reía, como una chiquilla a quien se le hiciesen cosquillas.



Bajo las luces del sol naciente

ERA el país de oro y seda, y en el aire fino como de cristal volaban las cigüeñas, y se esponjaban los crisantemos del biombo. Los cerezos florecían, y entre sus ramas alegres se divisaba un monte azul. Una rana de madera labrada era igual a las ranas del pantano. Sobre la laca negra corría un arroyo dorado. Muñecas de carne con la cabellera atravesada por alfileres áureos, hacían reverencias, sonrientes, y gestos menudos. En las casas de papel, en la ignorancia feliz del pudor, se bañaban las niñas. Cortesanas ingenuas servían el té en tacitas de liliput. En los "kimonos" historiados se envolvían cuerpos casi impúberes e inocentemente venales. Se hablaba de un viejo llamado Hokusai, que se llamaba a sí mismo "el loco de dibujo". Floreros raros se llenaban de flores extrañas ante los budhas risueños. Nobles daimios hacían lucir al sol curvos sables de largo puño. Los "netzkes" y las máscaras reproducían faces joviales o aterrorizadas, caras de brujas o regordetas caras infantiles. Al amor de una naturaleza como de fantasía, se vivía una vida casi de sueño.

Artistas y artesanos realizaban labores extraordinarias, que llegaban a las naciones lejanas como de imperios de cuento. Se educaba la sonrisa

y se inculcaba la afabilidad. Se conservaban con respeto las antiguas y sagradas tradiciones en el dulce ambiente de una existencia sencilla. Se desconocía el egoísmo, y se practicaba la más perfecta y blanda cortesía. Los preceptos del viejo Confucio ordenaban la severidad y la imparcialidad a jueces ceremoniosos. Había un profundo concepto de la justicia y de la virtud, un aspecto innato de la superioridad jerárquica; y el superior era bondadoso y sumiso, y sagaz el inferior. Bonzos sabios enseñaban la fuerza de las plegarias y la fe en las potencias ocultas. La paciencia y la tenacidad eran virtudes comunes; eran desconocidas o raras, la doblez, la inquina, la traición. La poesía se mezclaba a la vida cotidiana. El amable "sake" hacía cantar más tiernamente a las "geishas", y sonar con más cariño el "samisén". Se tenían para el huésped los más amables "sayonaras". Se pasaban horas de miel y caricias, con sutiles amorosas que tenían nombres de piedras ricas, de pájaros lindos, de flores exquisitas. Gloriosos "samurayes" se vestían como grandes y metálicos insectos. Viejos peregrinos sabían fábulas e historias inauditas. Pintores únicos tomaban detalles de la naturaleza y de la vida, de manera que detenían en un papel de seda el aletazo de una carpa, el salto de un tigre, o el vuelo de una garza. Campesinos pacientes sembraban el arroz al abrigo de sus agudos sombreros de floja paja. Se tenía el culto precioso de los antepasados, y se sabía por seguro que hay buenos dioses y perversos demonios. Shintoístas o budhistas, los hombres cumplían con los preceptos de sus religiones, aceptaban

los consejos de sus sacerdotes, y al lado de las divinidades veneraban a los héroes de la acción ó del pensamiento. Se predicaba y se sostenía firme el amor al país, y la adhesión inmensa al Mikado. Había una idea tan grande del honor, que el suicidio en casos especiales formaba parte de las costumbres. Se tenía el temor de lo divino y desconocido, y se saludaba la memoria de los abuelos. Se amaba como en ninguna parte a los niños; como en ninguna parte se obedecía a la autoridad paternal, y ante las vasijas de calada madera, había siempre, en tibores de prodigiosa porcelana, ramos floridos. El conjunto de principios que los letrados infundían al pueblo, se reducía a pocas palabras. Decían: "Hay un Dios superior. Tiene como atributos la inteligencia, el valor, el amor. Por la unidad de su espíritu y de su energía vital fueron creados el dios Takanu Musubi, y la diosa Kanmi Musuti, que forman, con su padre, una augusta trinidad. De la unión de estos dos nacieron otros dioses, y por último, los divinos antecesores de la familia imperial y de la raza humana: Yzanagi e Yzanami. El alma del hombre es, por lo tanto, de origen divino e inmortal. Su cuerpo fué creado también por la energía divina, pero no contiene de ésta lo bastante para ser inmortal. El deber del hombre es cultivar, primero, las tres virtudes divinas, después las siete virtudes que de ellas se derivan: la lealtad al emperador, la piedad filial, la castidad, la obediencia a los superiores, la sinceridad en la amistad, la bondad y la misericordia. El camino de la virtud es el de la felicidad. La ley de la causa y del efecto reina

en el mundo presente y en el mundo futuro. El mayor criminal puede merecer el perdón, y aun el favor de Dios, si se arrepiente con sinceridad. A cada uno se le tomarán en cuenta sus acciones, y por ellas será recompensado o castigado en el mundo futuro". Los japoneses, pues, estaban en completo estado de barbarie.

En efecto, hace ya tiempo, el mundo intelectual conoció toda la barbarie que revelaron los Goncourt a la curiosidad y al arte occidentales. Se supo que maravillosos pinceles estaban dotados de desconocidos prestigios. Una civilización contemporánea de Nabucodonosor se había conservado a través de siglos e invasiones. Sabios y poetas, que estudiaban los clásicos chinos, meditaban y enseñaban. Brotaban de los hornos las ricas obras de los alfareros de Satzuma. Un misterio legendario flotaba sobre la región nipona, tan extraña como las naciones orientales en que se mueven las magias de Sheherazada. El pueblo, que según la frase de Voltaire "jamás ha sido vencido", guardaba con admiración religiosa el nombre y el recuerdo de sus héroes, de los violentos caballeros y marinos que rechazaron a los enemigos mongoles, y libraron la integridad del territorio.

Un sano y vigoroso feudalismo mantenía en lo alto la seguridad del gobierno, y abajo la felicidad del pueblo. Los poetas escriben poemas, en que se cantan la fidelidad y el amor en flor eternamente. Las danzarinas saben bailes de argumento, que regocijan discretamente a los espectadores. Los fieles no faltan a las ceremonias de los templos, y hay pompa hermosa y nobleza ri-

tual. Lafcadio Hearn nos explica lo que es el Shintoísmo. Shinto significa carácter en su sentido más elevado: valor, cortesía, honor y, sobre todo, lealtad. Shinto significa piedad filial, amor al deber, voluntad siempre lista al abandono de la vida por un principio, y sin preguntar el por qué. Está en la docilidad del niño, en la dulzura de la mujer. Es, también conservador, saludable freno a las tendencias del espíritu nacional, fácilmente inclinado a dejar lo mejor del pasado para precipitarse con ardor en las modernidades extranjeras. Es una religión transmitida en una impulsión hereditaria hacia el bien, en un puro instinto moral. Es, en una palabra, toda la vida emocional de la raza: el alma del Japón. Así, el renunciamiento a la propia satisfacción, hasta a la vida, por la común felicidad, el deber cumplido, el sacrificio voluntario y cordial, eran características de esos singulares salvajes. Y en su sacro libro del Kodjiki aprendían ejemplos de tiempos remotos, como el siguiente: "El príncipe Mayoana, de edad de siete años solamente, después de haber matado al asesino de su padre, se había refugiado en casa del Gran Tsubura. El príncipe Oho-hatsusé, con un ejército, vino a sitiar la morada del Gran Tsubura, y las multiplicadas flechas semejaban un campo de cañas. El Gran Tsubura se adelantó y, quitando sus armas de su cinto, se prosternó ocho veces, y dijo: "La princesa Kara, mi hija, que tú te has dignado hacer llamar hace poco, está a tus órdenes, y te ofrezco, además, cinco graneros de arroz. Si, humilde esclavo de tu Grandeza, me presto a luchar hasta el fin, no conservo la esperanza

de vencer; al menos, puedo morir antes que abandonar a un príncipe que ha puesto en mí su confianza al penetrar en mi casa". Habiendo así hablado, volvió a tomar sus armas, y se lanzó de nuevo en el combate. Mas las fuerzas le abandonaron, y había agotado ya todas sus flechas. El Gran Tsubura dijo: "Ya no tenemos flechas, y nuestras manos están heridas; no podemos ya combatir. ¿Qué nos resta que hacer?" "No nos queda nada que hacer", respondió el príncipe. "Ahora, quítame la vida." Y el Gran Tsubura, tomó su sable y quitó la vida al príncipe. Luego, haciendo girar el arma contra sí mismo, hizo caer a sus pies su propia cabeza".

Esas eran las lecturas de antaño, las que los ministros del culto comentaban y las generaciones comprendían, infundiendo así cada día en los corazones nuevos las antiguas virtudes. "La conciencia, dice Hearn, llega a ser el solo guía, por la doctrina de la intuición, que no tiene necesidad de decálogo o de código fijo que señale las obligaciones morales." Teólogo y filósofo, dice Motoonori que todas las ideas morales necesarias al hombre le son sugeridas por los dioses, y son de la misma naturaleza instintiva que las que le obligan a comer cuando tiene hambre, y a beber cuando tiene sed. Y el sapiente Hirata: "Toda acción humana es la obra de un dios." Y de nuevo Motoonori: "Haber comprendido que no hay ni camino que conocer ni ruta que seguir, es seguramente haber comprendido el camino de los dioses". Y otra vez Hirata: "Si tenéis deseo de practicar la verdadera virtud, aprended a tener temor de lo invisible: estaréis preservados

de obrar mal. Haced votos a los dioses que gobiernan lo invisible, cultivad vuestra conciencia, y no os apartéis nunca del camino recto." Y luego: "La devoción a la memoria de los antepasados es el resorte de todas las virtudes. El que no olvida nunca sus deberes para con ellos, no puede ser irrespetuoso con los dioses ni con sus padres. Un hombre semejante está siempre fiel a su príncipe y a sus amigos, bueno y dulce con su mujer y con sus hijos." Así pensaba el Japón viejo. Semejante atraso estaba oculto tras la puerta que, los hombres colorados, fueron a abrir a cañonazos.

Y a cañonazos se despertó a la vida y a la civilización de Occidente el Japón viejo, y se convirtió en el Japón nuevo.

"Hoy, dice sonriendo afiladamente el japonés Hayashi a un periodista parisiense: hoy tenemos acorazados, tenemos torpedos, tenemos cañones. ¡ Los mares de la China se enrojecieron con la sangre de nuestros muertos, y con la sangre de los que nosotros matamos! Nuestros torpedos revientan, nuestros shrapnels crepitan, nuestros cañones arrojan obuses; morimos y hacemos morir, y vosotros, los europeos, decís que hemos conquistado nuestro rango, ¡ que nos hemos civilizado! Hemos tenido artistas, pintores, escultores, pensadores. En el siglo XVI editábamos en japonés las fábulas de Esopo. ¡ Eramos entonces bárbaros!

¡ Oh, sí! Hoy están los descendientes de los antiguos daimios completamente civilizados. Al *jiu-jitsu* nacional, han agregado los conocimientos adquiridos en el Creusot y en Essen. Se les

obligó a aprender la ciencia de la guerra en establecimientos occidentales; se les demostró que pasar la vida feliz, sin derramamientos de sangre, sin soldados, sin militarismo, sin cañones Krupp, era el colmo de lo salvaje. Se les enseñaron los caracteres occidentales para que pudieran leer los diarios nacionalistas de Francia, los discursos de Mr. Jaurès, las obras de Kipling; así supieron lo interesante del nacionalismo, lo útil del socialismo, lo superior del imperialismo. Como son hábiles y emprendedores, los nipones tuvieron pronto arsenales de ideas nuevas, tuvieron nacionalistas, socialistas, imperialistas. Se dieron una constitución. Se vistieron como se visten los hombres de Londres, que es como se visten los hombres de todo el Occidente. Vieron claramente que sonreír siempre es malo, ser afable es dañoso, ser piadoso es ridículo. Se convencieron de que ser de presa es lo mejor sobre la superficie de la tierra. Se militarizaron, se armaron, fueron excelentes discípulos de los carniceros de los países cristianos. Destruyeron toda la poesía posible; convirtieron a Madame Chrisantème en institutriz inglesa y en enfermera. Se lanzaron al asesinato colectivo con un apetito sobrehumano. Oku, Kuroko, Togo, entran en la categoría de semidioses. Se trató de matar el mayor número de rusos posible. Se trató de volar barcos, de "dinamitar" puentes, de arrasar batallones. Se va a la conquista, al degüello, al odio. ¿En dónde está ese mundo de vagos ensueños, ese mundo como lunar, extra-terrestre, como astral, que admiré en las escenas, en la maravillosa actriz Sada Yacco, que era una revelación de belleza exótica y

peregrina? ¿ En dónde están los antiguos pintores de Kakemonos, los antiguos Outamaros y Hokusasis? ¿ En dónde las nobles creencias, los generosos ideales, la dulzura del carácter, las genuflexiones, las pintorescas amorosas, el alma antes encantadora del pasado Japón?... En la Mandchuria, la tierra se llenó de cadáveres.... Los mares chinos se enrojecieron de sangre.

Se mira a los Estados Unidos con aire de desafío, con amor a la guerra...

La civilización ha triunfado...

Boeklin

I

La Isla de la Muerte

¿EN qué país de ensueño, en qué fúnebre país de ensueño está la isla sombría? Es en un lejano lugar en donde reina el silencio. El agua no tiene una sola voz en su cristal, ni el viento en sus leves soplos, ni los negros árboles mortuorios en sus hojas: los negros cipreses mortuorios que semejan, agrupados y silenciosos, monjes-fantasmas.

Cavadas en las volcánicas rocas mordidas y rajadas por el tiempo se ven, a modo de nichos oscuros, las bocas de las criptas, en donde, bajo el misterioso, taciturno cielo, duermen los muertos. La lámina especular de abajo refleja los muros de ese solitario palacio de lo Desconocido. Se acerca en su barca de duelo un mundo enterrador, como en el poema de Tennyson. ¡Qué pálida princesa difunta es conducida a la isla de la Muerte?... ¡Qué Elena, que adorable Yolanda? ¡Canto suave, en tono menor, canto de vaga melodía y de desolación profunda! Acaso el silencio fuese interrumpido por un errante sollozo,

por un suspiro; acaso una visión envuelta en un velo como de nieve...

Allí es donde comienza la posesión de Psiquis; en esa negrura es donde verás quizás brotar, pobre soñador, de la obscura larva, las alas prestigiosas de Hipsipila. A tu isla solemne ¡oh, Boeklin! va la reina Betsabé, pálida. Va también, con un manto de duelo, la esposa de Mauselo, que pone cenizas en el vino. Va Hécuba, y ¡horrible trance! va silenciosa, mordiendo su aullido, clavando sus dedos en los dolorosos, maternales pechos. Va Venus, sobre su concha tirada por las blancas palomas, por ver si vaga gimiendo la sombra de Adonis. Va la tropa imperial de las soberbias posfirogénitas, que amaron el Amor al mismo tiempo que la Muerte. Va en un esquife divino, con un arcángel por timonel, la virgen María, herido el pecho por los siete puñales.

II

Idilio marino

Más allá de las solitarias islas en donde descansan los pájaros viajeros, en el reino en que Leviatán domina, sobre una roca, está entronizada la Vencedora, en la irresistible omnipotencia de su desnudez.

En su blanca piel está la sal, el perfume marino de Anadiómena, y la serpiente de las olas hace ver una vez más, amorosa y humillada, el soberano triunfo del encanto femenino: Europa

sobre el lomo del toro, la Bella y la Fiera, la Mundana del pintor moderno que, desnuda, corta las uñas al león.

Un tritón velludo y escamoso hace cantar su ronco caracol, en tanto que el monstruo recibe una caricia de la tentadora, de la Mujer, que bajo el inmenso cielo ofrece su fatal hermosura en el abandono de su supremo impudor.

III

Sirenas y Tritones

Con más sonoridad que el ruido del caracol, suena la risa del tritón, que muestra su cabeza de sileno oceánico, ceñida con hojas de las desconocidas viñas que crecen en los campos submarinos, y rosas de una flora extraña e ignorada, cortadas entre líquenes y flotantes medusas. Tras él se infla una faz batraciana, boca redonda y carnuda, ojos saltones. Se ven danzar las ondas. En el seno de una se hunde, con un salto natatorio, una ninfa de opulentos muslos, que tiene aletas en los talones. Más allá, otra erige sus pechos y su cabeza coronada de algas. Con asombro jocoso, viene un Sancho centauro acuático braceando; la grupa está sobre la ola, y la espuma le forma un cerco hirviente y blanco por la redondez de la barriga, en la cual muestra su honda mancha, como la señal de un golpe de espátula, el ombligo.

En primer término, en la transparencia del

agua, una sirena extiende su bifurcada y curva cola de pescado, negro y plata; a flor de espuma, tiembla la doble rotundidad en que termina el talle.

La faz medrosa mira hacia un punto en que algo se divisa, y casi no atiende la hembra al tritón fáunico, que la atrae, invitándola a una cita sexual, tal como en la tierra, al amor del gran bosque, lo haría Pan con Siringa.

IV

Día de Primavera

Cerca del blanco tronco de la haya estaríais vos, señorita, con vuestro sombrero blanco, vuestro vestido blanco, y vuestra alma blanca. Yo tendría mi negro dolor. Procuraría haceros soñar dulces sueños, y el laúd no tendría para vos sino los más acariciadores sonidos.—Sí, dice ella, mas esa villa italiana... ¿no será la morada de la más infeliz de las mujeres? Los árboles sombríos forman un misterioso recinto de duelo. El agua de los arroyos parece monologar extrañas historias de amores difuntos. El crepúsculo inunda, con su tenue tinta de melancolía, todo el paisaje. El anciano que contempla meditabundo las ninfas, parece la encarnación de un triste pasado. Los niños que juegan cerca de la "villa", no alcanzan a hacer que mi alma encuentre una sola nota de alegría.

Nuestra alma, a veces, contagia con sus males el alma de las cosas.

V

Los Pescadores de Sirenas

Péscame una ¡ oh, egipán pescador ! que tenga en sus escamas radiantes la irisada riqueza metálica que decora los admirables arenques. Péscame una, cuya cola bifurcada pueda hacer soñar en el pavo real marino, y cuyos costados finos y relucientes tengan aletas semejantes a orientales abanicos de pedrería; péscame una que tenga verdes los cabellos, como debe tenerlos Lorelay, y cuyos ojos tengan fosforescencias raras y mágicas chispas, cuya boca salada bese y muerda, cuando no cante las canciones que pudieran triunfar de la astucia de Ulises, cuyos senos mármóreos culminen florecidos de rosa y cuyos brazos, como dos albos y divinos pithones, me aten para llevarme a un abismo de ardientes placeres, en el país recóndito en donde los palacios son hechos de perlas, de coral y de concha de nácar. Mas esos dos sátiros que se divierten en la costa de alguna ignorada Lesbos, Tempe o Amatunte, son ciertamente malos pescadores. El uno, viejo y fornido, se apoya en un grueso palo nudoso, y mira con cómica extrañeza la sirena asustada y poco apetecible que su compañero ha pescado. Este saca la red, y no parece satisfecho de su pesca. De los cabellos de la sirena chorrea el agua, formando en el mar círculos concéntricos. Sobre las testas bicornes y peludas se extiende, al beso del día, un fresco follaje, mientras reina en su fiesta de oro, sobre nubes, tierra y olas, la antorcha del Sol. ■

Hombres y Pájaros

AL amor de la mañana, o cuando comienza la tarde, he aquí lo que suele verse en los jardines de París, especialmente en las Tullerías y en el Luxemburgo. Mientras al amparo de las alamedas saltan los niños o juegan con sus aros, y las nodrizas cuidan sus bebés, y en los bancos hay lectores de diarios, y más allá jugadores de "foot ball", y paseantes que flirtean, o estudiantes que estudian, o pintores que cazan paisajes, y en las anchas filas de las fuentes, al ruido del chorro de agua, minúsculos marinos echan sus barquitos de velas blancas y rojas, unas cuantas personas cumplen con una obligación sentimental y graciosa que se han impuesto: dar de comer a los pajaritos. Generalmente, los únicos que aprovechan son los gorriones, los ágiles y libres gorriones de París. Hay también las palomas, pero las palomas no son las que más gozan de la prebenda. Parecen estar fuera de su centro, de lugares en donde reinan solas, sin competencia ni reparto: la plaza de San Marcos de Venecia, o las cercanías del palacio Pitti, en Florencia. Aquí, pues, son los gorriones, pequeños e interesantes vagabundos, opuestos a la vida normal, de las abejas, por ejemplo, y que esperan por estudioso biógrafo un Maeterlinck alegre.

No lejos del arco del Carrous, el en que la Guerra y la Ley están representadas, un grupo de

gente de diversas condiciones y edades forma valla, mira en silencio. Un hombre de aspecto tranquilo y serio, cerca del césped, sobre el que salta y vuela una inmensa bandada de gorriones, saca de su bolsillo un pan y lo desmenuza. Luego, comienza a llamar: ¡Juliette!... Y una fina gorrioncita se desprende de la bandada chilladora y saltante, y se va a colocar en la cabeza, en los hombros, en la mano del hombre. "Louise, Jean, Friederic, Mimí, Toto, Mussette".

Los pájaros libres del jardín, que entienden por sus nombres respectivos, van todos a la voz que les llama. Y es un revoloteo incesante alrededor del amigo que regala, y una fiesta a que, por otra parte, están completamente acostumbrados. Unos cazan la miga al vuelo, otros la toman en la mano, otros la recogen del suelo.

El hombre les habla, les acaricia, les regaña. "*Prends, garde, gourmand*". "Ten cuidado, glotón". "No seas atrevido, Robert". "Señorita, así no se come..." "Insolentes, ahora vais a ver". Les trata con naturalidad, con amistad, con confianza, con familiaridad. Todos ellos le conocen, y él conoce a todos ellos, a pesar de tener todos igual uniforme, y de no haber nada más semejante a un gorrión que otro gorrión, como una gota de agua a otra gota de agua. Y se ve que ese personaje, cuyo nombre todos ignoran, tiene verdadero amor por sus pajaritos, y que no falta un solo día, desde hace muchos años, a cumplir con su amable tarea, de manera que, si faltase una sola vez, habría verdadera alarma entre el mundo alado que puebla los ramajes de las Tullerías, y que si llegase a faltar para siempre, los pobres animales estarían de duelo, a menos que su alma

en libertad fuese visible para ellos en la transparencia de los aires.

Mas, en verdad, una vez se ausentó, enfermo de la vista, y hubo duelo entre los pájaros, y gozo a su retorno.

En el jardín del Luxemburgo, cerca del palacio, al lado de las galerías del Odeón, muchas veces he encontrado a diferentes personas que dan de comer a los pajaritos; pero, sobre todo, no dejo nunca de ver a un viejecito, de aspecto venerable, de ropas modestas, que lleva en su solapa la cinta de la Legión de Honor. ¿Qué sabio, qué poeta será? ¿O qué filósofo anciano que venga con un espíritu semejante al de su antepasado Descartes a admirar la mano de Dios, y a "conocer y glorificar al obrero por la inspección de sus obras"? Otras veces, es un caballero enorme que se sienta en los bancos para llenar su obligación, varón de gordura extraordinaria, que tiene una cabeza de niño gigantesco. Los pájaros se le posan sobre el extensísimo pecho, sobre los hombros de elefante, le revuelan por el magnífico vientre, y en ramilletes temblorosos se le prenden de las manos regordetas, llenas de bizcochos. No puedo dejar de pensar: bueno como todos los gordos. Cerca de él, una viejecita de luto, con un niño, reparte también su ración. A veces conversa con los pájaros, a veces con el niño; a ambos les habla con el mismo tono. Los animales conocen a todos, pero con el anciano de la Legión de Honor hay mayores relaciones. Le siguen, cuando les deja, a saltitos; se diría que le hablan en su idioma; se le sientan en el veterano sombrero de copa; le llaman de lejos. El se vuelve; les sonrío; parece que se despide hasta el día siguiente.

Y nada es más suavemente impresionante, en la frescura de la mañana o en la melancolía de la tarde. Acaba uno de leer los diarios, de ver la obra del mal, del odio, la lucha de las pasiones, el hervor de los vicios. Larga lista de crímenes, de escándalos, de injusticias. Los asesinatos, las infamias, las intrigas, todo el endemoniado producto de una inmensa ciudad de tres millones de habitantes. Va uno por los bulevares, y ve pintada en la mayor parte de los rostros con que se encuentra, la codicia, la ferocidad, la vanidad y la lujuria; habla uno con prójimos, con conocidos, llenos de hieles, de ponzoñas, de vitriolos; encuentra uno más allá astucias, intrigas, rebajamientos, prostituciones; la caza al *sou*, la caza al franco, la caza al luis, al billete, al cheque; los aires de neurosis que soplan sobre las terrazas, los asesinos elegantes; los espadachines cobardes; los ambiciosos; los *ratés*; la vergüenza de abajo; los crímenes de arriba; Sodoma por una parte y Lesbos por otra; lo artificial entronizado; las podredumbres cotidianas; la farsa continua; la negación de Dios. Y hay aquí estas gentes que vienen a dar de comer a los pajaritos...

Sí, porque París tiene un vasto cuerpo; es un vasto cuerpo como el cielo de Swedenborg, o el universo de Campanella. Tiene un organismo propio, semejante a los astros de Bruno *animali intellettuali*: tiene una cabeza, unos brazos, un corazón, un vientre y un sexo; tiene sus grandes pensamientos, sus grandes sentimientos, y sus buenas y malas acciones, y sus bellos gestos, y la banda gris del Sena que refleja los diamantes celestes.

Por el barrio en que habité está el cerebro, está

la cabeza. Por algo, en el *argot* parisiense, *sorbonne* quiere decir cabeza. Allí está el órgano pensante, la juventud de las escuelas, las grises piedras que vieron pasar a Abelardo, el hogar de la enseñanza. Unos cuantos meditativos viejos, en sus encierros silenciosos, compulsan los conocimientos del pasado, trabajan en la ciencia del presente, piensan en el porvenir; un ejército de jóvenes se prepara a la obra de los maestros. Es el Colegio de Francia, es el Instituto, la Escuela de medicina, todas las escuelas y laboratorios y talleres en donde se forman y se desarrollan los sabios, y aprenden a concretar sus sueños los artistas. Es el Panteón, son los museos.

Las cátedras de ese centro están en actividad. Profesores y alumnos siguen por el camino comenzado desde hace siglos. Aquí se escucha el ruido de la humanidad, se busca como penetrar el misterio de las cosas, como mejorar la existencia; la filosofía investiga, induce, deduce; la ciencia experimenta, analiza; se labora por el mejoramiento social, por el perfeccionamiento individual. De las cátedras se extiende un continuo río de ideas, de que benefician la industria, el comercio, la salud. Y los ojos de París están también allí, en el Observatorio, escudriñando la altura, fijos en los astros.

A un lado y otro se extienden los brazos. Es el París que trabaja, las extremidades llenas de fábricas, cuajadas de usinas, de telares, de chimeneas. Por allí, constantemente, bullen las muchedumbres de obreros que forman la vitalidad productora: los obreros que saben leer y luchar, los trabajadores que salen de sus labores, y van a las universidades populares a comunicar con sus her-

manos intelectuales, ya en el faubourg Saint-Antoine, ya en Montreuil-sous-Bois, en Grenelle, o en Boulogne-Billancourt, de un punto a otro, de Asnières a Charenton, de Vincennes a Puteaux, a Levallois, a Courbevoie. Pues los brazos de París manejan alternativamente herramientas y libros, antorchas e ideas. Son brazos robustos e inteligentes, y también terribles.

El inmenso vientre y el sexo están en el centro, en ese trecho en que los grandes bulevares juntan todos los apetitos, deseos y vicios nacionales y extranjeros, desde la Magdalena hasta la plaza de la República y los alrededores de la Opera. Allí se come bien y se peca mejor. La riqueza y el lujo hacen su exhibición; la gula encuentra cien dorados refugios en que saciar sus más exquisitos caprichos, y el amor fácil halla el suntuoso y babilónico prostíbulo ambulante que ha dado a esta capital, digna de superior renombre, el de ser el lugar de cita y el casino de las naciones.

Y el corazón de París late por todas partes, y riega su sangre por todo el resto del magnífico cuerpo. Ese corazón anima a las individualidades silenciosas y discretas que hacen el bien callado a los hospicios y lugares de asilo, a los conventos en que sin engaño se reza y se sostiene, como dice Huysmans el de la Oblación, el pararrayo. Cuando ese corazón quiere hablar se llama *Severine*, como se llamaba Luisa Michel. El hace ir sin pompa a las viejas caritativas a llevar pan o carbón a sus pobres, él sostiene a las infinitas muchachas honestas que, viviendo con el lupanar a la vista, prefieren ir a la fábrica, para dar de comer a la madre inválida o al hermanito enfermo; él se revela, por fin, en los que se ahogan por sal-

var suicidas, en el médico que va a ver al infeliz y le deja con la receta el dinero para pagarla, en las nobles cooperativas, y hasta en el cochero viejo que se mata porque se le murió el caballo, que era su antiguo compañero. ¡El buen París! ¿Quién dice que tan solamente hay aquí muñequitas de carne, y hombres con profesión de pez? Que vengan a ver los talleres llenos, las iglesias, las universidades populares, y... a los hombres que dan de comer a los pajaritos.

No hay que reír mucho de Margot si llora por el melodrama, y si vieja solterona se enamora de sus gatos. No hay que buscar el lado cómico de las sociedades protectoras de animales. No debe ser ridiculizado ningún sentimiento de origen noble. Y el cariño hacia la naturaleza — paisajes, animales, flores o aguas — y las simpatías por las manifestaciones amables de ella, proclamarán siempre su origen generoso. Sin anonadar nuestra personalidad humana en la ataraxia de Zenón o la apatía epicúrea, tengamos la pasión del universo, la tendencia a nuestra unidad. Así como nada conforta tanto como la presencia de los bosques o la contemplación del océano, nada suaviza más las asperezas del espíritu que la visión de una rosa en su tallo, o un pájaro sin trabas ni jaula, que salta y vuela por donde quiera, y canta sin inquietudes bajo el cielo. Quizás la luminosa alegría que nada podrá destruir en el alma de esta Galia feliz, viene de su simbólica alondra, maestra de libertad, amante de claridad, ebria de frescor y de canto matutino. Tengamos el amor de las rosas y de los pájaros, de las mariposas, de las abejas. Es un medio de comunicación con lo Universal, con la divinidad. Maeterlinck, en el libro

admirable que conocéis, ha oído la iniciada voz de Virgilio:

*Ese apibus partem divinæ mentis et hansitus.
Athereos dixere: Deum manque ire per omnes.
Terrasque tractusque maris, extunque profundum.*

Nada más conmovedor que la petición que, hace algún tiempo, dirigieron al Congreso belga los miembros de un instituto de ciegos.

Sabido es que en muchas partes a los pájaros cantores, para que canten mejor, les sacan los ojos, sin duda acordándose del divino Melesígenes, que tan bien supo ser armonioso sin los suyos.

En Bélgica hacen lo mismo; y esos ciegos del instituto han intercedido por los ojos de los pajaritos.

Yo sé que hay gentes que sonríen de todas esas cosas, que hallan todo sentimentalismo fuera de moda, y que juzgan nefelibatas a los que no se levantan todos los días con el único propósito de aumentar sus rentas, por la buena o por la mala. Yo sé que hay muchas gentes que retorcerían con gusto el pescuezo a todos los cisnes del Caistro, y enviarían una buena perdigonada a los ruiseñores de las melodiosas florestas. Yo sé que en filosofía priva mucho actualmente la ferocidad, el egoísmo, la crueldad. Pero esos son nietzschistas furiosos y danzantes, ante los cuales iría yo a dar un abrazo al hombre que da de comer a los pajaritos...

Visiones pasadas

La Marea

UNA vaga tristeza flota en la costa extensa y solitaria, cuando baja la marea. El agua de la bahía panameña se retira a largo trecho. Los muelles aparecen alzados sobre sus cien flacas piernas de madera. La playa está cubierta de un lodo betuminoso y salino, donde resaltan piedras deslavadas y aglomeradas conchas de ostras.

Las embarcaciones, quietas, echadas sobre un costado, o con las quillas hundidas en el fango, parece que aguardasen la creciente que ha de sacarlas de la parálisis. A lo lejos, un cayuco negro semeja un largo y raro carapacho; sobre una gran conoa está, recogida y apretada entre cuerdas, la gavia. Agrupados como una quieta banda de cetáceos rojos y oscuros, dormitan los grandes lanchones. Un marinero ronca en su chalupa. Las banlandras ágiles aguardan la hora del viento.

Los boteros "chumecas" arreglan sus botes y sus pangas chatas. A la orilla del mar, los pantalones arremangados sobre la rodilla, apoyado

en un remo, un chileno robusto canta entre dientes una zamacueca. Empieza a oírse el apagado y suave rumor del agua que viene. Suena el aire a la sordina.

La primera barca que ha recibido la caricia de la ola, cabecea, se despierta, vuelve a agitarse, curada de la nostalgia del movimiento. De allá, de donde vienen los chinos pescadores, sale, al viento la vela radiada, un junco ligero. Cual si viniese desenrollando una enorme tela gris, avanza la marea, trayendo a la playa su ruido de espumas y sus convulsivas agitaciones.

El vagido del mar aumenta, y se oye semejante al paso de un río en la floresta. Es un vagido continuado, en un tono opaco, tan solamente cambiado por el desgarramiento sedoso y cristalino de la ola que se deshace.

¡Canta en voz baja, pon tu órgano a la sordina, oh, buen viento de la tarde! Canta para el marino que partirá para un largo viaje, cuando alegre el agua azul la armoniosa visión de un blanco vuelo de goletas. Canta para el pescador que tenderá la red; canta para el remero negro, risueño y de grandes gestos elásticos; canta para el chino que va a pescar, todavía con la divina modorra de su poderoso y sutil opio. Y canta, mientras la marea sube, para los viajeros, para los errantes, para los pensativos, para los que van, sin rumbo fijo, tendidas las velas, por el mar de la vida, tan áspero, tan profundo, tan amargo como el inmenso y misterioso océano...

H una Bogotana

(Pasillo en prosa)

El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals. Vea usted cómo aquellos dos enamorados pueden llevar el compás, en medio de la más ardiente conversación. El dice que los lindos ojos de una mujer valen por todos los astros, y los lindos labios por todas las rosas. Como ella quiere demostrar lo contrario, le mira con los bellísimos ojos suyos, le sonríe con sus inefables labios, que son en todo iguales, a aquéllos con que la señorita de Abril dió el primer beso al caballero de Mayo. El pasillo, señora, hermoso niña, es como un lento y rosado vals.

¡ Oh, sí, sí! La fuerza de una pasión es mayor, por infinitas veces, que el empuje de ese enorme y poderoso Tequendama. ¿ Usted conoce la cata-rata?

Dicen que sus aguas saltan de un clima a otro. Que allá abajo hay palmas y flores; que arriba, en la roca que conoció la espada de Bolívar, hace frío. ¡ Qué delicia estar allá abajo, señora, dos que se quieren! La soberana armonía de la naturaleza pondría un palio augusto y soberbio al idilio. Al ruido del salto no se oírían los besos. ¡ Idilio solitario y magnífico! ¿ Sabe usted, señora, que tengo deseos de que se casen dos amables solteros al comenzar a florecer los naranjos? Efraim Isaacs con Edda Pombo. ¡ Qué envidiable pareja! ¿ Está usted agitada? El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

En cuanto las heridas alas de mi Pegaso me lo permitan — heridas ¡ay, por dolores hondos y flechas implacables! — iré, señora, a la Vía Láctea, a cortar un lirio de los jardines que cuidan las vírgenes del paraíso. Al pasar por la estrella de Venus cortaré una rosa, en Sirio un clavel, y en la enfermiza y pálida Selene una adelfa. El ramo se lo daré, a una suave y pura mujer que todavía no haya amado. La rosa y el clavel le ofrecerán su perfume despertador de ansias secretas. El lirio será comparable a su alma cándida y casta. En la adelfa pondré el diamante de una lágrima, para que sea ella ofrenda de mi desesperanza... Bien se conversa al compás de esta blanda música. El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

Conque ¿se va? ¡Feliz, muy feliz viaje! Así sucede en la vida. El alba, que abre los ojos en una diana de liras, dura un momento; dichoso el monje que oyó, por largos siglos, cantar al ruiseñor de la leyenda. ¡Adiós, golondrina, adiós, paloma!... Pero ¿quiere hacerme un dulce favor? Cuando llegue usted a su gigantesco Tequendama, deshoje, a mi memoria, la flor que lleva en su corpiño, y arrójela en las locas espumas que allá abajo, sobre las rosas, junto a las palmas, hacen temblar sus iris... El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

La virgen negra

Havre.

En Normandía de Francia, yendo del Havre a Orcher, se encuentra un pueblecito coronado por una bella estatua de la virgen. Llaman a este divino icono "La Virgen Negra". ¡Quién rimase latín de himos y secuencias, para hallar una cuenta de oro que agregar al rosario precioso de las letanías! La virgen está en bronce, en un lugar alto; domina el mar y el campo.

El zócalo de su estatua está vestido de verdura, por una fresca invasión de enredaderas. La Virgen Negra es patrona de los marineros. Desde su trono de piedra muestra su niño Jesús al mar; y por ella, muchos hijos de pescadores ven llegar a la casa pobre, después de las tempestades, blancas barbas chorreando agua salada.

¡*María Stella!* La estrella del mar tiene al Dios hijo en los brazos. ¡Orgullosa con su delfín, franceses! Esa reina de la Francia celeste, en su maternidad, es la que libra de los vientos y de las rocas vuestras barcas, y la que hace madurar vuestras uvas, que dan la sangre y las danzas. Vosotros, campesinos de Orcher, marineros del Havre, sabéis hacer su fiesta con el canto de los campanarios, los cirios nuevos y las ofrendas florales.

Ella, que es estrella de la mañana, es también el faro, la estrella de la noche. Cuando el sol se va, queda su sol sublime. ¡*Stella Vespertina!* Encarnada en el más duro de los metales, ha puesto en él su enternecimiento y su gracia. Así

esa gran Virgen, formidable en su bronce, tiene el propio encanto, la misma humildad materna de las vírgenes delicadas de los lienzos, y de las místicas esculturas policromas que están en los templos. De todas las manos que a ella se tienden bajo la tormenta ¿cuál es la que no halla apoyo? Tú, que te hundes, no tienes en los labios sino palabras de blasfemia y de desesperanza...

El milagro existe. El milagro lo cuentan pescadores canosos, domadores de vientos. El que no cree en el milagro, no ha rogado nunca en una inmensa desgracia, no ha tenido jamás el momento de pedir llorando, con el alma, un algo de su piedad y de su dulzura a la madre María. Ella tiene siempre la sonrisa de sus místicos labios. Ella tiene a cada instante el gesto de salvación, la mirada de aliento, lo que apacigua a Behemot, y lo que detiene a Leviathan.

Su hermosa cabeza imperial y maternal se mueve entoldada por un zodiaco de virtudes. La ola enorme del mar que ella tiene a sus pies, no hace su obra brutal si ella la mira. Cada bruma le reza, cada espuma le canta. El vago y fugitivo iris tiene siempre, para que ella pase, listo su puente. Las gaviotas vuelan al rededor de la media luna que ella pisa.

“Madre María — dice la golondrina — ya volví de la tierra de Africa”.

“Madre María — dice la anciana abuela — ¿nada malo ha pasado al grumete?”

“Madre María — dice una mariposa blanca — la niña rubia que aguarda el novio, te está tejiendo una guirnalda de rosas rojas”.

Y en el campo cercano, más allá de las "villas", donde los árboles se ven recortados como los encajes, está el hombre rural, que ama su fuerte buey y su caballo normando.

El ruega también a la Virgen Negra de Harfleur por la cosecha, por la felicidad de la campiña, por la flor y el fruto. Ella, la Madre, escucha asimismo la plegaria del cultor.

Quizá tuviere alguna pequeñita predilección por las gentes del mar, porque... ¡pasan por tantos peligros! ¡van tan lejos! ¡son tan bravos y serenos, y cantan tan alegres canciones! Mas no, ella es la misma para todos.

Bajo su manto de oscuro metal se agrupan todas las oraciones. ¿Son muchas? El manto crece, se agranda, se agiganta. ¿Son más? Crece tanto como si fuese el mismo cielo azul, constelado de gemas siderales. Allí cabe todo lo creado. Allí encuentra abrigo la plegaria de la humanidad, y el Angelus que reza cada crepúsculo de la tarde, el alma del mundo.

AUTUMNAL

Eros, Vita, Lumen.

En las pálidas tardes
yerran nubes tranquilas
en el azul; en las ardientes manos
se posan las cabezas pensativas.
¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños!
¡Ah las tristezas íntimas!
¡Ah el polvo de oro que en el aire flota;
tras cuyas ondas trémulas se miran
los ojos tiernos y húmedos,
las bocas inundadas de sonrisas,
las crespas cabelleras
y los dedos de rosa que acarician!

* * *

En las pálidas tardes
me cuenta una hada amiga
las historias secretas
llenas de poesía;
lo que cantan los pájaros,
lo que llevan las brisas,
lo que vaga en las nieblas,
lo que sueñan las niñas.

* * *

Una vez sentí el ansia
de una sed infinita.
Dije al hada amorosa:
—Quiero en el alma mía
tener la inspiración honda, profunda,

inmensa: luz, calor, aroma, vida.
 Ella me dijo: —¡Ven! con el acento
 con que hablaría un arpa. En él había
 un divino idioma de esperanza.
 ¡Oh sed del ideal!

* * *

Sobre la cima
 de un monte, a media noche,
 me mostró las estrellas encendidas.
 Era un jardín de oro
 con pétalos de llama que titilan.
 Exclamé: —Más...

* * *

La aurora
 vino después. La aurora sonreía,
 con la luz en la frente,
 como la joven tímida
 que abre la reja, y la sorprenden luego
 ciertas curiosas, mágicas pupilas.
 Y dije: —Más... sonriendo
 la celeste hada amiga
 prorrumpió: —¡Y bien! ¡Las flores!

* * *

Y las flores

estaban frescas, lindas,
 empapadas de olor: la rosa virgen,
 la blanca margarita,
 la azucena gentil y las volúviles
 que cuelgan de la rama estremecida.
 Y dije: —Más...

* * *

El viento
 arrastraba rumores, ecos, risas,

murmillos misterios, aleteos,
 músicas nunca oídas.
 El hada entonces me llevó hasta el velo
 que nos cubre las ansias infinitas,
 la inspiración profunda,
 y el alma de las lirás.
 Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.
 En el fondo se veía
 un bello rostro de mujer.

* * *

¡Oh, nunca,

Piérides, diréis las sacras dichas
 que en el alma sintiera!
 Con su vaga sonrisa:
 —¿Más?... —dijo el hada. — Y yo tenía entonces
 clavadas las pupilas
 en el azul; y en mis ardientes manos
 se posó mi cabeza pensativa...

LECONTE DE LISLE

De las eternas musas el reino soberano
 recorres, bajo un soplo de vasta inspiración,
 como un rajah soberbio que en su elefante indiano
 por sus dominios pasa de rudo viento al son.
 Tú tienes en tu canto como ecos de Oceano;
 se ve en tu poesía la selva y el león;
 salvaje luz irradia la lira que en tu mano
 derrama su sonora, robusta vibración.
 Tú del fakir conoces secretos y avatares;
 a tu alma dió el Oriente misterios seculares,
 visiones legendarias y espíritu oriental.
 Tu verso está nutrido con sabía de la tierra;
 fulgor de Ramayanas tu viva estrofa encierra,
 y cantas en la lengua del bosque colosal.

ESTIVAL

I

La tigre de Bengala,
con su lustrosa piel manchada a trechos,
está alegre y gentil, está de gala.

Salta de los repechos
de un ribazo al tupido
carrizal de un bambú; luego a la roca
que se yergue a la entrada de su gruta.

Allí lanza un rugido,
se agita como loca
y eriza de placer su piel hirsuta.

* * *

La fiera virgen ama.
Es el mes del ardor. Parece el suelo
rescoldo, y en el cielo
el sol inmensa llama.

Por el ramaje obscuro
salta huyendo el canguro.
El boa se infla, duerme, se calienta
a la tórrida lumbre;
el pájaro se sienta
a reposar sobre la verde cumbre.

* * *

Siéntense vahos de horno;
y la selva indiana
en alas del bochorno,
lanza, bajo el sereno

cielo, un soplo de sí. La tigre ufana
respira a pulmón lleno,
y al verse hermosa, altiva, soberana,
le late el corazón, se le hincha el seno.

* * *

Contempla su gran zarpa, en ella la uña
de marfil; luego toca
el filo de una roca,
y prueba y lo rasguña.
Mírase luego el flanco
que azota con el rabo puntiagudo
de color negro y blanco,
y móvil y felpudo;
luego el vientre. En seguida
abre las anchas fauces, altanera
como reina que exige vasallaje;
después husmea, busca, va. La fiera
exhala algo a manera
de un suspiro salvaje.
Un rugido callado
escuchó. Con presteza
volvió la vista de uno a otro lado.
Y chispeó su ojo verde y dilatado
cuando miró de un tigre la cabeza
surgir sobre la cima de un collado.
El tigre se acercaba.

* * *

Era muy bello.

Gigantesca la talla, el pelo fino,
apretado el ijar, robusto el cuello,
era don Juan felino
en el bosque. Anda a trancos
callados; ve a la tigre inquieta, sola,

y le muestra los blancos
dientes, y luego arbola
con donaire la cola.
Al caminar se vía
su cuerpo ondear con garbo y bizarría.
Se miraban los músculos hinchados
debajo de la piel. Y se diría
ser aquella alimaña
un rudo gladiador de la montaña.
Los pelos erizados
del labio relamía. Cuando andaba,
con su peso chafaba
la yerba verde y muelle;
y el ruido de su aliento semejaba
el resollar de un fuelle.
Él es, él es el rey. Cetro de oro
no, sino la ancha garra
que se hinca recia en el testuz del toro
y las carnes desgarras.
La negra águila enorme, de pupilas
de fuego y corvo pico relumbrante,
tiene a Aquilón; las hondas y tranquilas
aguas, el gran caimán; el elefante,
la cañada y la estepa;
la vívora, los juncos por do trepa;
y su caliente nido
del árbol suspendido,
el ave dulce y tierna
que ama la primer luz.

Él, la caverna.

* * *

No envidia al león la crin, ni al potro rudo
el casco, ni al membrudo
hipopótamo el lomo corpulento,

quien bajo los ramajes del copudo
baobab ruge al viento.

* * *

Así va él orgulloso, llega, halaga;
corresponde la tigre que le espera,
y con caricias las caricias paga
en su salvaje ardor la carnicera.

* * *

Después, el misterioso
tacto, las impulsivas
fuerzas que arrastran con poder pasmoso;
y ¡oh gran Pan!, el idilio monstruoso
bajo las vastas selvas primitivas.
No el de las musas de las blandas horas,
suaves, expresivas,
en las rientes auroras
y las azules noches pensativas;
sino el que todo enciende, anima, exalta,
polen, savia, calor, nervio, corteza,
y en torrentes de vida brota y salta
del seno de la gran Naturaleza.

II

El príncipe de Gales va de caza
por bosques y por cerros,
con su gran servidumbre y con sus perros
de la más fina raza.

* * *

Acallando el tropel de los vasallos,
deteniendo traíllas y caballos,
con la mirada inquieta,
contempla a los dos tigres, de la gruta

a la entrada. Requiere la escopeta,
y avanza, y no se inmuta.

* * *

Las fieras se acarician. No han oído
tropel de cazadores.

A esos terribles seres,
embriagados de amores,
con cadenas de flores
se les hubiera uncido
a la nevada concha de Citeres
o al carro de Cupido.

* * *

El príncipe atrevido,
adelanta, se acerca, ya se para;
ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;
ya del arma el estruendo
por el espeso bosque ha resonado.
El tigre sale huyendo
y la hembra queda, el vientre desgarrado.
¡Oh, va a morir!... Pero antes, débil, yerta,
chorreando sangre por la herida abierta,
con ojo dolorido
miró a aquél cazador; lanzó un gemido
como un ¡ay! de mujer... y cayó muerta.

III

Aquel macho que huyó, bravo y zahareño
a los rayos ardientes
del sol, en su cubil, después dormía.
Entonces tuvo un sueño:

que enterraba las garras y los dientes
en vientres sonrosados
y pechos de mujer; y que engullía
por postres delicados
de comidas y cenas,
—como tigre goloso entre golosos,—
unas cuantas docenas
de niños tiernos, rubios y sabrosos.

MARGARITA

In memoriam...

¿Recuerdas que querías ser una Margarita
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está,
cuando cenamos juntos, en la primera cita,
en una noche alegre que nunca volverá.

Tus labios escarlatas de púrpura maldita
sorbían el champaña del fino baccarat;
tus dedos deshojaban la blanca margarita:
“Sí..., no...; sí..., no...”, ¡y sabías que te adoraba ya!

Después, ¡oh flor de Histeria!, llorabas y reías;
tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo;
tus risas, tus fragancias, tus quejas eran más.

Y en una tarde triste de los más dulces días,
la Muerte, la celosa, por ver si me querías,
como a una margarita de amor ¡te deshojó!

PRELUDIO

A J. Enrique Rodó

Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fuí de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;
el dueño de las tórtolas: el dueño
de góndolas y liras en los lagos.

Y muy siglo diez y ocho; y muy antiguo
y muy moderno: audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo;
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia:
mi juventud... ¿fué juventud la mía?
Sus rosas aún me dejan su fragancia:
una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto;
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto;...
Si no cayó, fué porque Dios es bueno.

En mi jardín se vió una estatua bella:
se juzgó mármol, y era carne viva;
su alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
que encerrada en silencio no salía
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía...

Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso,
de "te adoro", de "ay!" y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego
de misteriosas gamas cristalinas,
un renovar de notas del Pan griego
y un desgranar de músicas latinas.

Con aire tal y con ardor tan vivo
que a la estatua nacían de repente
en el muslo viril patas de chivo
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina
me encantó la marquesa verleniana;
y así juntaba a la pasión divina
una sensual hiperestesia humana,

todo ansia, todo ardor, sensación pura
y vigor natural; y sin falsía,
y sin comedia y sin literatura...
Si hay una alma sincera, esa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura
en el jugo del mar, fué el dulce y tierno

corazón mio henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno.

Mas por gracia de Dios, en mi conciencia
el bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melificó toda acritud el arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo;
bañó el agua castalia el alma mía;
peregrinó mi corazón, y trajo
de la sagrada selva la armonía.

¡ Oh la selva sagrada ! ¡ Oh la profunda
emanación del corazón divino
de la sagrada selva ! ¡ Oh la fecunda
fuente cuya virtud vence al destino !

Bosque ideal que lo real complica;
allí el cuerpo arde y vive, y Psiquis vuela;
mientras abajo el sátiro fornifica,
ebria de azul deslíe Filomela

perla de ensueño y música amorosa
en la cúpula en flor del laurel verde;
Hipsipila sutil liba en la rosa,
y la boca del fauno el pezón muerde.

Allí va el dios en celo tras la hembra
y la caña de Pan se alza del lodo;
la eterna Vida sus semillas siembra
y brota la armonía del Gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,
temblando de deseo y fiebre santa,
sobre cardo heridor y espina aguda:
¡ Así sueña, así vibra y así canta !

Vida, luz y verdad: tal triple llama
alienta la interior llama infinita;
el Arte puro, como Cristo exclama:
Ego sum lux, et veritas, et vita.

Y la vida es misterio; la luz ciega,
y la verdad inaccesible asombra;
la adusta perfección jamás se entrega
y el secreto Ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente.
De desnuda que está, brilla la estrella;
el agua dice el alma de la fuente
en la voz de cristal que fluye d'ella.

Tal fué mi intento: hacer del alma pura
mía, una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta
que los celestes éxtasis inspira:
bruma y tono menor,—¡ toda la flauta!
y aurora, hija del sol—¡ toda la lira!

Pasó una piedra que lanzó una honda,
pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fué a la onda,
y la flecha del odio se fué al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte.
Con el fuego interior todo se abrasa,
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén... la caravana pasa!

MARCHA TRIUNFAL

¡ Ya viene el cortejo !
¡ Ya viene el cortejo ! Ya se oyen los claros clarines.
¡ La espada se anuncia con vivo reflejo;
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines !

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas,
la gloria solemne de los estandartes
llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
los cascos que hieren la tierra,
y los timbaleros
que el paso acompanan con ritmos marciales.
¡ Tal pasan los fieros guerreros
debajo los arcos triunfales !

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
su canto sonoro,
su cálido coro,
que envuelve en un trueno de oro
la augusta soberbia de los pabellones.
El dice la lucha, la herida venganza,
las ásperas crines,
los rudos penachos, la pica, la lanza,
la sangre que riega de heroicos carmines
la tierra;
los negros mastines
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triunfal de la Gloria;
dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los condores llegan. ¡ Llegó la victoria !

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño
—ved cómo la barba del viejo
los bucles de oro circunda de armiño—.
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores.
¡ Honor al que trae cautiva la extraña bandera!
¡ Honor al herido y honor a los fieles
soldados que muerte encontraron por mano extranjera!
¡ Clarines ! ¡ Laureles !

Las nobles espadas de tiempos gloriosos
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros
—las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos,
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros—.
Las trompas guerreras resuenan;
de voces los aires se llenan...
—A aquellas antiguas espadas,
a aquellos ilustres aceros,
que encarnan las glorias pasadas.—
¡ Y al sol que hoy alumbró las nuevas victorias ganadas,
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
al que ama la insignia del suelo materno;
al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha
y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha
triunfal !...

ERA UN AIRE SUAVE...

Era un aire suave, de pausados giros;
El hada Harmonía ritmaba sus vuelos;
E iban frases vagas y tenues suspiros
Entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto a los ramajes,
Diríase un trémolo de liras eolias'
Cuando acariciaban los sedosos trajes
Sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos
Daba a un tiempo mismo para dos rivales,
El vizconde rubio de los desaffíos
Y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,
Reía en su máscara Término barbudo,
Y, como un efebo que fuese una niña,
Mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un bosque del amor palestra,
Sobre rico zócalo al modo de Jonia,
Con un candelabro prendido en la diestra
Volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlaba sus mágicas notas,
Un coro de sonos alados se oía;
Galantes pavanas, fugaces gavotas
Cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oír las quejas de sus caballeros
Ríe, ríe, ríe, la divina Eulalia,
Pues son su tesoro las flechas de Eros,
El cinto de Cipria, la rueca de Onfalia.

¡ Ay de quien sus mieles y frases recoja !
¡ Ay de quien del canto de su amor se fíe !
Con sus ojos lindos y su boca roja,
La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

Tiene azules ojos, es maligna y bella;
Cuando mira vierte viva luz extraña:
Se asoma a sus húmedas pupilas de estrella
El alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta, y el baile de trajés
Ostenta su gloria de triunfos mundanos.
La divina Eulalia, vestida de encajes,
Una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado harmónico de su risa fina
A la alegre música de un pájaro iguala,
Con los staccati de una bailarina
Y las locas fugas de una colegiala.

¡ Amoroso pájaro que trinos exhala
Bajo el ala a veces ocultando el pico;
Que desdenes rudos lanza bajo el ala,
Bajo el ala aleve del leve abanico !

Cuando a media doche sus notas arranque
Y en arpegios áureos gima Filomela,
Y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque
Como blanca góndola imprima su estela,

La marquesa alegre llegará al bosque,
Bosque que cubre la amable glorieta
Donde han de estrecharla los brazos de un paje,
Que siendo su paje será su poeta:

Al compás de un canto de artista de Italia
Que en la brisa errante la orquesta deslíe,
Junto a los rivales la divina Eulalia,
La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,
Sol con corte de astros, en campos de azur?
¿Cuando los alcázares llenó de fragancia
La regia y pomposa rosa Pompadour?

¿Fué cuando la bella su falda cogía
Con dedos de ninfa, bailando el minué,
Y de los compases el ritmo seguía
Sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

¿O cuando pastoras de floridos valles
Ornaban con cintas sus albos corderos,
Y oían, divinas Tirsis de Versalles,
Las declaraciones de sus caballeros?

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
De amantes princesas y tiernos galanes,
Cuando entre sonrisas y perlas y flores
Iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte o en el Mediodía?
Yo el tiempo y el día y el país ignoro,
Pero sé que Eulalia ríe todavía,
¡y es cruel y eterna su risa de oro!

LOS CISNES

A Juan R. Jiménez

Qué signo haces, oh cisne, con tu encorvado cuello
Al paso de los tristes y errantes soñadores?
¿Por qué tan silencioso de ser blanco y ser bello,
Tiránico a las aguas e impasible a las flores?

Yo te saludo ahora como en versos latinos
Te saludara antaño Publio Ovidio Nasón.
Los mismos ruiseñores cantan los mismos trinos,
Y en diferentes lenguas es la misma canción.

A vosotros mi lengua no debe ser extraña.
A Garcilaso visteis, acaso, alguna vez...
Soy un hijo de América, soy un nieto de España...
Quevedo pudo hablaros en verso en Aranjuez...

Cisnes, los abanicos de vuestras alas frescas
Den a las frentes pálidas sus caricias más puras
Y alejen vuestras blancas figuras pintorescas
De nuestras mentes tristes las ideas oscuras.

Brumas septentrionales nos llenan de tristezas
Se mueren nuestras rosas, se agotan nuestras palmas,
Casi no hay ilusiones para nuestras cabezas,
Y somos los mendigos de nuestras pobres almas.

Nos predicán la guerra con águilas feroces,
Gerifaltes de antaño revienen a los puños,
Mas no brillan las glorias de las antiguas hoces,
Ni hay Rodrigos, ni Jaimes, ni hay Alfonsos ni Nuños.

Faltos de los alientos que dan las grandes cosas,
 ¿Qué haremos los poetas sino buscar tus lagos?
 A falta de laureles son muy dulces las rosas,
 Y a falta de victorias busquemos los halagos.

La América española como la España entera
 Fija está en el Oriente de su fatal destino;
 Yo interrogo a la Esfinge que el porvenir espera
 Con la interrogación de tu cuello divino.

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
 ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
 ¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
 ¿Callaremos ahora para llorar después?

He lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros
 Que habéis sido los fieles en la desilusión,
 Mientras siento una fuga de americanos potros
 Y el estertor postrero de un caduco león...

...Y un Cisne negro dijo:—"La noche anuncia el día".
 Y uno blanco:—"¡La aurora es inmortal; ¡la aurora
 Es inmortal!" ¡Oh tierras de sol y de armonía,
 Aún guarda la Esperanza la caja de Pandora!

Por un momento, oh Cisne, juntaré mis anhelos
 A los de tus dos alas que abrazaron a Leda,
 Y a mi maduro ensueño, aún vestido de seda,
 Dirás, por los Dioscuros, la gloria de los cielos

Es el otoño. Ruedan de la flauta consuelos.
 Por un instante, oh Cisne, en la obscura alameda
 Sorberé entre dos labios lo que el Pudor me veda,
 Y dejaré mordidos Escrupúlos y Celos.

Cisne, tendré tus alas blancas por un instante,
Y el corazón de rosa que hay en tu dulce pecho
Palpitará en el mío con su sangre constante.

Amor será dichoso, pues estará vibrante
El júbilo que pone al gran Pan en acecho,
Mientras su ritmo esconde la fuente de diamante.

Antes de todo, ¡gloria a ti, Leda!
Tu dulce vientre cubrió de seda
El Dios. ¡ Miel y oro sobre la brisa!
Sonaban alternativamente
Flauta y cristales, Pan y la fuente.
¡Tierra era canto, Cielo sonrisa!

Ante el celeste, supremo acto,
Dioses y bestias hicieron pacto.
Se dió a la alondra la luz del día,
Se dió a los buhos sabiduría
Y melodía al ruiseñor.
A los leones fué la victoria,
Para las águilas toda la gloria,
Y a las palomas todo el amor.

Pero vosotros sois los divinos
Príncipes. ¡ Vagos como las naves,
Inmaculados como los linos,
Maravillosos como las aves !

En vuestros picos tenéis las prendas
Que manifiestan corales puros.
Con vuestros pechos abris las sendas
Que arriba indican los Dioscuros.

Las dignidades de vuestros actos,
Eternizadas en lo infinito,

Hacen que sean ritmos exactos,
Voces de ensueños, luces de mito.

De orgullo olímpico sois el resumen,
¡Oh, blancas urnas de la armonía!
¡Ebúrneas joyas que anima un númen
Con su celeste melancolía!

¡Melancolía de haber amado
Junto a la fuente de la arboleda,
El luminoso cuello estirado
Entre los blancos muslos de Leda!

UN SONETO A CERVANTES

A Ricardo Calvo.

Horas de pesadumbre y de tristeza
Paso en mi soledad. Pero Cervantes
Es buen amigo. Endulza mis instantes
Asperos, y reposa mi cabeza.

El es la vida y la naturaleza,
Regala un yelmo de oros y diamantes
A mis sueños errantes.
Es para mí: suspira, ríe y reza.

Cristiano y amoroso caballero
Parla como un arroyo cristalino.
Así le admiro y le quiero,

Viendo cómo el destino
Hace que regocije al mundo entero
La tristeza inmortal de ser divino!

A UNA NOVIA

Alma blanca, más blanca que el lirio;
Frente blanca, más blanca que el cirio
Que ilumina el altar del Señor:
Ya serás por hermosa encendida,
Ya serás sonrosada y herida
Por el rayo de luz del amor

Labios rojos de sangre divina,
Labios donde la risa argentina
Junta el albo marfil al clavel,
Ya veréis cómo el beso os provoca,
Cuando Cipris envíe a esa boca
Sus abejas sedientas de miel.

Manos blancas, cual rosas benditas,
Que sabéis deshojar margaritas
Junto al fresco rosal del Pensil,
¡ Ya daréis la canción del amado
Cuando hiráis el sonoro teclado
Del triunfal clavicordio de Abril!

Ojos bellos de ojeras cercados,
¡ Ya veréis los palacios dorados
De una vaga, ideal Estambul,
Cuando lleven las hadas a Oriente
A la Bella del Bosque Durmiente,
En el carro del Príncipe Azul!

¡ Blanca flor ! ¡ De tu cáliz risueño
La libélula errante del Sueño
Alza el vuelo veloz, blanca flor !
Primavera su palio levanta
Y hay un coro de alondras que canta
La canción matinal del amor.

URNA VOTIVA

A Lamberti.

Sobre el caro despojo esta urna cincelo:
Un amable frescor de inmortal siempreviva
Que decore la greca de la urna votiva
En la copa que guarda rocío del cielo;

Una alondra fugaz sorprendida en su vuelo
Cuando fuese a cantar en la rama de oliva,
Una estatua de Diana en la selva nativa
Que la Musa Armonía envolviera en su velo.

Tal si fuese escultor con amor cincelara
En el mármol divino que brinda Carrara,
Coronando la obra una lira, una cruz;

Y sería mi sueño, al nacer de la aurora,
Contemplar en la faz de una niña que llora
Una lágrima llena de amor y de luz.

2

A MARGARITA DEBAYLE

Margarita, está linda la mar,
Y el viento
Lleva esencia-sutil de azahar;
Yo siento
En el alma una alondra cantar:
Tu acento.
Margarita, te voy a contar
Un cuento.

Este era un rey que tenía
Un palacio de diamantes,
Una tienda hecha del día
Y un rebaño de elefantes,

Un kiosco de malaquita,
Un gran manto de tizú,
Y una gentil princesita,
Tan bonita,
Margarita,
Tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
Vió una estrella aparecer;
La princesa era traviesa
Y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
Decorar un prendedor,
Con un verso y una perla,
Y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
Se parecen mucho a ti:
Cortan lirios, cortan rosas,
Cortan astros. Son así.

Pues se fué la niña bella,
Bajo el cielo y sobre el mar,
A cortar la blanca estrella
Que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
Por la luna y más allá;
Mas lo malo es que ella iba
Sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
De los parques del Señor,
Se miraba toda envuelta
En un dulce resplandor.

Y el rey dijo: “¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
Y ¿qué tienes en el pecho,
Que encendido se te ve?”

La princesa no mentía,
Y así, dijo la verdad:
“Fuí a cortar la estrella mía
A la azul inmensidad.”

Y el rey clama: “¿No te he dicho
Que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va a enojar.”

Y dice ella: “No hubo intento;
Yo me fuí no sé por qué;
Por las olas y en el viento
Fuí a la estrella y la corté.”

Y el papá dice enojado:
"Un castigo has de tener:
Vuelve al cielo, y lo robado
Vas ahora a devolver."

La princesita se entristece
Por su dulce flor de luz,
Cuando entonces aparece
Sonriendo el Buen Jesús.

Y así dice: "En mis campiñas
Esa rosa le ofrecí:
Son mis flores de las niñas
Que al soñar piensan en mí."

Viste el rey ropas brillantes,
Y luego hace desfilar
Cuatrocientos elefantes
A la orilla de la mar.

La princesa está bella,
Pues ya tiene el prendedor
En que lucen con la estrella,
Verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
Y el viento
Lleva esencia sutil de azahar:
Tu aliento.
Ya que lejos de mí vas a estar,
Guarda, niña, un gentil pensamiento
Al que un día te quiso contar
Un cuento.

COLOQUIO DE LOS CENTAUROS

En la isla en que detiene su esquiife el argonauta
del inmortal Ensueño, donde la eterna pauta
de las eternas liras se escucha — isla de Oro
en que el tritón elige su caracol sonoro
y la sirena blanca va a ver el sol — un día
se oye un tropel vibrante de fuerza y de armonía.

Son los Centauros. Cubren la llanura. Les siente
la montaña. De lejos, forman son de torrente
que cae; su galope al aire que reposa
despierta, y estremece la hoja del laurel-rosa.

Son los Centauros. Unos enormes, rudos; otros
alegres y saltantes como jóvenes potros;
unos con largas barbas como los padres-ríos;
otros imberbes, ágiles y de piafantes bríos,
y de robustos músculos, brazos y lomos aptos
para portar las ninfas robadas en los raptos.

Van en galope rítmico. Junto a un fresco bosque,
frente al gran Océano, se paran. El paisaje
recibe de la urna matinal luz sagrada
que el vasto azul suaviza con límpida mirada.
Y oyen seres terrestres y habitantes marinos
la voz de los crinados cuadrúpedos divinos.

QUIRÓN

Calladas las bocinas a los tritones gratas,
calladas las sirenas de labios escarlatas,
los carrillos de Eolo desinflados, digamos
junto al laurel ilustre de florecidos ramos

la gloria inmarcesible de las Musas hermosas
y el triunfo del terrible misterio de las cosas.
He aquí que renacen los lauros milenarios;
vuelven a dar su lumbre los viejos lampadarios;
y anímase en mi cuerpo de Centauro inmortal
la sangre del celeste caballo paternal.

RETO

Arquero luminoso, desde el Zodíaco llegas;
aún presas en las crines tienes abejas griegas;
aún del dardo heracleo muestras la roja herida
por do salir no pudo la esencia de tu vida.
¡Padre y maestro excelso! Eres la fuente sana
de la verdad que busca la triste raza humana:
aún Esculapio sigue la vena de tu ciencia;
siempre el veloz Aquiles sustenta su existencia
con el manjar salvaje que le ofreciste un día,
y Heracles, descuidando su masa, en la armonía
de los astros, se eleva bajo el cielo nocturno...

QUIRÓN

La ciencia es flor del tiempo: mi padre fué Saturno.

ABANTES

Himnos a la sagrada Naturaleza; al vientre
de la tierra y al germen que entre las rocas y entre
las carnes de los árboles, y dentro humana forma
es un mismo secreto y es una misma norma,
potente y sutilísimo, universal resumen
de la suprema fuerza, de la virtud del Numen.

QUIRÓN

¡ Himnos! Las cosas tienen un ser vital; las cosas
tienen raros aspectos, miradas misteriosas;
toda forma es un gesto, una cifra, un enigma;
en cada átomo existe un incógnito estigma;
cada hoja de cada árbol canta un propio cantar
y hay una alma en cada una de las gotas del mar;
el vate, el sacerdote, suele oír el acento

desconocido; a veces enuncia el vago viento un misterio; y revela una inicial la espuma o la flor; y se escuchan palabras de la bruma. Y el hombre favorito del Numen, en la linfa o la ráfaga, encuentra mentor — demonio o ninfa.

FOLO

El biforme ixionida comprende de la altura, por la materna gracia, la lumbre que fulgura, la nube que se anima de luz y que decora el pavimento en donde rige su carro Aurora, y la banda de Iris que tiene siete rayos cual la lira en sus brazos siete cuerdas; los mayos en la fragante tierra llenos de ramos bellos, y el Polo coronado de cándidos cabellos. El ixionida pasa veloz por la montaña rompiendo con el pecho de la maleza hurafña los erizados brazos, las cárceles hostiles; escuchan sus orejas los ecos más sutiles; sus ojos atraviesan las intrincadas hojas, mientras sus manos toman para sus bocas rojas las frescas bayas altas que el sátiro codicia; junto a la oculta fuente su mirada acaricia las curvas de las ninfas del séquito de Diana; pues en su cuerpo corre también la esencia humana unida a la corriente de la sabia divina y a la salvaje sangre que hay en la bestia equina: tal el hijo robusto de Ixión y de la Nube.

QUIRÓN

Sus cuatro patas, bajan; su testa erguida, sube.

ORNEO

Yo comprendo el secreto de la bestia. Malignos seres hay y benignos. Entre ellos se hacen signos de bien y mal, de odio o de amor, o de pena o gozo: el cuervo es malo y la torcaz es buena.

QUIRÓN

Ni es la torcaz benigna, ni es el cuervo protervo: son formas del Enigma la paloma y el cuervo.

ASTILO

El enigma es el soplo que hace cantar la lira.

NESO

¡El enigma es el rostro fatal de Deyanira!
 Mi espalda aún guarda el dulce perfume de la bella;
 aún mis pupilas llama su claridad de estrella.
 ¡Oh, aroma de su sexo! ¡Oh, rosas y alabastros!
 ¡Oh, envidia de las flores y celos de los astros!

QUIRÓN

Cuando del sacro abuelo la sangre luminosa
 con la marina espuma formara nieve y rosa,
 hecha de rosa y nieve nació la Anadiomena.
 Alzó al cielo los brazos la lírica sirena,
 los cuervos hipocampos sobre las verdes ondas
 levaron los hócicos; y caderas redondas,
 tritónicas melenas y dorsos de delfines
 junto a la Reina nueva se vieron. Los confines
 del mar llenó el grandioso clamor; el universo
 sintió que un nombre armónico, sonoro como un verso,
 llenaba el hondo hueco de la altura; ese nombre
 hizo gemir la tierra de amor: fué para el hombre
 más alto que el de Jove; y los númenes mismos
 lo oyeron asombrados; los lóbregos abismos
 tuvieron una gracia de luz. ¡VENUS impera!
 Ella es entre las reinas celeste la primera,
 pues es quien tiene el fuerte poder de la Hermosura.
 ¡Vaso de miel y mirra brotó de la Amargura!
 Ella es la más gallarda de las emperatrices;
 princesa de los gérmenes, reina de las matrices,
 señora de las savias y de las atracciones,
 señora de los besos y de los corazones.

EURITO

¡No olvidaré los ojos radiantes de Hipodamia!

HIPEA

Yo sé de la hembra humana la original infamia.
 Venus anima artera sus máquinas fatales,

tras los radiantes ojos ríen traidores males,
 de su floral perfume se exhala sutil daño;
 su cráneo obscuro alberga bestialidad y engaño.
 Tiene las formas puras del ánfora y la risa
 del agua que la brisa riza y el sol irisa;
 mas la ponzoña ingénita su máscara pregona:
 mejores son el águila, la yegua y la leona.
 De su húmeda impureza brota el calor que enerva
 los mismos sacros dones de la imperial Minerva;
 y entre sus duros pechos, lirios del Aqueronte,
 hay un olor que llena la barca de Caronte.

ODITES

Como una miel celeste hay en su lengua fina;
 su piel de flor aún húmeda está de agua marina.
 Yo he visto de Hipodamia la faz encantadora,
 la cabellera espesa, la pierna vencedora.
 Ella de la hembra humana fuera ejemplar augusto;
 ante su rostro olímpico no habría rostro adusto;
 las Gracias junto a ella quedarían confusas,
 y las ligeras Horas y las sublimes Musas
 por ella detuvieran sus giros y su canto.

HIPEA

Ella la causa fuera de inenarrable espanto;
 por ella el ixionida dobló su cuello fuerte.
 La hembra humana es hermana del Dolor y la Muerte.

QUIRÓN

Por suma ley un día llegará el himeneo
 que el soñador aguarda: Cinis será Ceneo;
 claro será el origen del femenino arcano:
 la Esfinge tal secreto dirá a su soberano.

CLITO

Naturaleza tiende sus brazos y sus pechos
 a los humanos seres; la clave de los hechos
 conócela el vidente; Homero con su báculo,
 en su gruta Deifobe, la lengua del Oráculo.

CAUMANTES

El monstruo expresa un ansia del corazón del Orbe,
 en el Centauro el bruto la vida humana absorbe,
 el sátiro es la selva sagrada, y la lujuria
 une sexuales ímpetus a la armoniosa furia.
 Pan junta la soberbia de la montaña agreste
 al ritmo de la inmensa mecánica celeste;
 la boca melodiosa que atrae en Sirenusa
 es de la fiera alada y es de la suave musa;
 con la bicorne bestia Pasifae se ayunta,
 Naturaleza sabias formas diversas junta,
 y cuando tiende al hombre la gran Naturaleza,
 el monstruo, siendo el símbolo, se viste de belleza.

GRINEO

Yo amo lo inanimado que amó el divino Hesiodo.

QUIRÓN

Grineo, sobre el mundo tiene un ánima todo.

GRINEO

He visto, entonces, raros ojos fijos en mí:
 los vivos ojos rojos del alma del rubí;
 los ojos luminosos del alma del topacio
 y los de la esmeralda que del azul espacio
 la maravilla imitan; los ojos de las gemas
 de brillos peregrinos y mágicos emblemas.
 Amo el granito duro que el arquitecto labra
 y el mármol en que duermen la línea y la palabra...

QUIRÓN

A Deucalión y a Pirra, vanes y mujeres
 las piedras aún intactas dijeron: "¿Qué nos quieres?"

LICIDAS

Yo he visto los lemures flotar en los nocturnos
 instantes, cuando escuchan los bosques taciturnos
 el loco grito de Atis que su dolor revela
 o la maravillosa canción de Filomela.

El galope apresuro, si en el bosque miro
manes que pasan, y oigo su fúnebre suspiro.
Pues de la Muerte el hondo, desconocido imperio
guarda el pavor sagrado de su fatal misterio.

ARNEO

La Muerte es de la Vida la inseperable hermana.

QUIRÓN

La Muerte es la victoria de la progenie humana.

MEDÓN

¡La Muerte! Yo la he visto. No es demacrada y mustia
ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.
Es semejante a Diana, casta y virgen como ella;
en su rostro hay la gracia de la núbil doncella
y lleva una guirnalda de rosas siderales.
En su siniestra tiene verdes palmas triunfales,
y en su diestra una copa con agua del olvido.
A sus pies, como un perro, yace un amor dormido.

AMICO

Los mismos dioses buscan la dulce paz que vierte.

QUIRÓN

La pena de los dioses es no alcanzar la Muerte.

EURETO

Si el hombre—Prometeo—pudo robar la vida,
la clave de la muerte serále concedida.

QUIRÓN

La vírgen de las vírgenes es inviolable y pura.
Nadie su casto cuerpo tendrá en la alcoba obscura,
ni beberá en sus labios el grito de victoria,
ni arrancará a su frente las rosas de su gloria.

.....

*
* *

Mas he aquí que Apolo se acerca al meridiano;
sus truenos prolongados repite el Oceano;
bajo el dorado carro del reluciente Apolo
vuelve a inflar sus carrillos y sus odres Eolo.
A lo lejos, un templo de mármol se divisa
entre laureles rosa que hace cantar la brisa.
Con sus vibrantes notas de Céfiro desgarrar
la veste transparente la helénica cigarra,
y por el llano extenso van en tropel sonoro
los Centauros, y al paso, tiembla la isla de Oro.

LEDA

El cisne en la sombra parece de nieve;
su pico es de ámbar, del alba al trasluz;
el suave crepúsculo que pasa tan breve,
las cándidas alas sonrosa de luz.

Y luego, en las ondas del lago azulado,
después que la aurora perdió su arrebol,
las alas tendidas y el cuello enarcado,
el cisne es de plata, bañado de sol.

Tal es, cuando esponja las plumas de seda,
olímpico pájaro herido de amor,
y viola en las linfas sonoras a Leda,
buscando su pico los labios en flor.

Suspira la bella desnuda y vencida,
y en tanto que al aire sus quejas se van,
del fondo verdoso de fronda tupida
chispean turbados los ojos de Pan.

LOS MOTIVOS DEL LOBO

El varón que tiene corazón de lis
Alma de querube, lengua celestial,
El mínimo y dulce Francisco de Asís,
Está con un rudo y torvo animal,
Bestia temerosa, de sangre y de robo,
Las fauces de furia, los ojos de mal:
El lobo de Gubbia, el terrible lobo,
Rabioso ha assolado los alrededores,
Cruel ha deshecho todos los rebaños;
Devoró corderos, devoró pastores,
Y son incontables sus muertes y daños.



Fuertes cazadores armados de hierros
Fueron destrozados. Los duros colmillos
Dieron cuenta de los más bravos perros,
Como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió:
Al lobo buscó
En su madriguera,
Cerca de la cueva encontró a la fiera
Enorme, que al verle se lanzó feroz
Contra él. Francisco, con su dulce voz,
Alzando la mano,
Al lobo furioso dijo:—*¡Paz, hermano*
Lobo! El animal
Contempló al varón de tosco sayal;
Dejó su aire arisco,

Cerró las abiertas fauces agresivas,
Y dijo:—*¡Está bien, hermano Francisco!*
—*¡Cómo!*—exclamó el santo. *¿Es ley que tú vivas
De horror y de muerte?*

*¿La sangre que vierte
Tu hocico diabólico, el duelo y espanto
Que esparces, el llanto
De los campesinos, el grito, el dolor
De tanta criatura de Nuestro Señor,
¿No han de contener tu encono infernal?
¿Vienes del infierno?*

*¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
Luzbel o Belial?*

Y el gran lobo, humilde:—*¡Es duro el invierno,
Y es horrible el hambre! En el bosque helado
No hallé qué comer; y busqué el ganado,
Y en veces comí ganado y pastor.*

*¿La sangre? Yo ví más de un cazador
Sobre su caballo, llevando el azor*

*Al puño; o correr tras el jabalí,
El oso o el ciervo; y a más de uno vi
Mancharse de sangre, herir, torturar,
De las roncadas trompas al sordo clamor,
A los animales de Nuestro Señor.*

Y no era por hambre, que iban a cazar.

Francisco responde:—*En el hombre existe
Mala levadura.*

Cuando nace viene con pecado. Es triste.

Mas el alma simple de la bestia es pura.

Tú vas a tener

Desde hoy qué comer.

*Dejarás en paz
Rebaños y gente en este país.
¡Que Dios melifique tu ser montaraz!
—Está bien, hermano Francisco de Asís.
—Ante el Señor, que todo ata y desata,
En fe de promesa tiéndeme la pata.
El lobo tendió la pata al hermano
De Asís, que a su vez le alargó la mano.
Fueron a la aldea. La gente veía
Y lo que miraba casi no creía.
Tras el religioso iba el lobo fiero,
Y, baja la testa, quieto le seguía
Como un can de casa, o como un cordero.*

Francisco llamó la gente a la plaza
Y allí predicó.
Y dijo:—*He aquí una amable caza.
El hermano lobo se viene conmigo;
Me juró no ser ya nuestro enemigo,
Y no repetir su ataque sangriento.
Vosotros, en cambio, daréis su alimento
A la pobre bestia de Dios.—¡Así sea!,
Contestó la gente toda de la aldea.
Y luego, en señal
De contentamiento
Movió testa y cola el buen animal,
Y entró con Francisco de Asís al convento.*

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
En el santo asilo.
Sus bastas orejas los salmos oían

Y los claros ojos se le humedecían.
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
Cuando a la cocina iba con los legos.
Y cuando Francisco su oración hacía,
El lobo las pobres sandalias lamía.
Salía a la calle,
Iba por el monte, descendía al valle,
Entraba a las casas y le daban algo
De comer. Mirábanle como a un manso galgo.
Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
Dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
Desapareció, tornó a la montaña,
Y recomenzaron su aullido y su saña.
Otra vez sintióse el temor, la alarma,
Entre los vecinos y entre los pastores;
Colmaba el espanto los alrededores,
De nada servían el valor y el arma,
Pues la bestia fiera
No dió treguas a su furor jamás,
Como si tuviera
Fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
Todos lo buscaron con quejas y llanto,
Y con mil querellas dieron testimonio
De lo que sufrían y perdían tanto
Por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.
Se fué a la montaña
A buscar al falso lobo carnicero.
Y junto a su cueva halló a la alimaña.

—*En nombre del Padre del sacro universo,
Conjúrote, dijo, ¡oh lobo perverso!,
A que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?*
Contesta. Te escucho.

Como en sorda lucha, habló el animal,
La boca espumosa y el ojo fatal:

—*Hermano Francisco, no te acerques mucho...*

*Yo estaba tranquilo allá, en el convento,
Al pueblo salía,*

Y si algo me daban estaba contento

Y manso comía.

*Mas empecé a ver que en todas las casas
Estaban la Envidia, la Saña, la Ira,
Y en todos los rostros ardían las brasas
De odio, de lujuria, de infamia y mentira.*

*Hermanos a hermanos hacían la guerra,
Perdían los débiles, ganaban los malos,*

*Hembra y macho eran como perro y perra,
Y un buen día todos me dieron de palos.*

Me vieron humilde, lamía las manos

Y los pies. Seguía tus sagradas leyes,

Todas las criaturas eran mis hermanos,

Los hermanos hombres, los hermanos bueyes,

Hermanas estrellas y hermanos gusanos.

Y así, me apalearon y me echaron fuera,

Y su risa fué como un agua hirviente,

Y entre mis entrañas revivió la fiera,

Y me sentí lobo malo de repente;

Mas siempre mejor que esa mala gente.

Y recomencé a luchar aquí,

A me defender y a me alimentar,

*Como el oso hace, como el jabalí,
 Que para vivir tiene que matar.
 Déjame en el monte, déjame en el risco,
 Déjame existir en mi libertad,
 Vete a tu convento, hermano Francisco,
 Sigúe tu camino y tu santidad.*

El santo de Asís no le dijo nada.
 Le miró con una profunda mirada,
 Y partió con lágrimas y con desconsuelos,
 Y habló al Dios eterno con su corazón.
 El viento del bosque llevó su oración,
 Que era: *Padre nuestro, que estás en los cielos...*

SONETO AUREO

CAUPOLICAN

Es algo formidable, que vió la vieja raza.
 Robusto tronco de árbol al hombro de un campeón
 Salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
 Blandiera el brazo de Hércules o el brazo de Sansón.

Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,
 Pudiera tal guerrero de Arauco en la región,
 Lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
 Desjarretar un toro y estrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Le vió la luz del día,
 Le vió la tarde pálida, le vió la noche fría,
 Y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán.

¡El Toquil! ¡el Toquil! clama la conmovida casta.
 anduvo, anduvo, anduvo. La aurora dijo: "Basta"...
 e irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

LA ROSA NIÑA

A Mademoiselle Margarita M. Guido.

Cristal, oro y rosa, alba en Palestina.
Salen los tres reyes de adorar al rey,
Flor de infancia llena de una luz divina
Que humaniza y dora la mula y el buey.

Baltasar medita, mirando la estrella
Que guía en la altura. Gaspar sueña en
La visión sagrada. Melchor ve en aquella
Visión, la llegada de un mágico bien.

Las cabalgaduras sacuden los cuellos
Cubiertos de sedas y metales. Frío
Matinal refresca belfos de camellos
Húmedos de gracia, de azur y rocío.

Las meditaciones de la barba sabia
Van acompasando los plumajes flavos,
Los ágiles trotes de potros de Arabia
Y las risas blancas de negros esclavos.

¿De dónde vinieron a la Epifanía?
¿De Persia? ¿De Egipto? ¿De la India? Es en vano
Cavilar. Vinieron de la Luz, del Día,
Del Amor. Inútil pensar, Tertuliano.

El fin anunciaban de un gran cautiverio
Y el advenimiento de un raro tesoro.

Traían un símbolo de triple misterio,
Portando el incienso, la mirra y el oro.

En las cercanías de Belén se para
El cortejo. ¿A causa? A causa de que
Una dulce niña de belleza rara
Surje ante los magos, toda ensueño y fe.

—¡ Oh, Reyes!—les dice—. Yo soy una niña
Que oyó a los vecinos pastores cantar,
Y desde la próxima florida campiña
Miró vuestro regio cortejo pasar.

Yo sé que ha nacido Jesús Nazareno,
Que el mundo está lleno de gozo por él,
Y que es tan rosado, tan lindo y tan bueno,
que hace al sol más sol, y a la miel más miel.

Aún no llega el día... ¿Dónde está el establo?
Prestadme la estrella para ir a Belén.
No tengáis cuidado que la apague el diablo;
Con mis ojos puros la cuidaré bien.

Los magos quedaron silenciosos. Bella
De toda belleza, a Belén tornó
La estrella; y la niña, llevada por ella
Al establo, cuna de Jesús, entró.

Pero cuando estuvo junto a aquel infante,
En cuyas pupilas miró a Dios arder,
Se quedó pasmada, pálido el semblante,
Porque no tenía nada que ofrecer.

La Madre miraba su niño—lucero;
Las dos bestias buenas daban su calor;
Sonreía el santo viejo carpintero;
Y la niña estaba temblando de amor.

Allí había oro en cajas reales,
Perfumes en frascos de hechura oriental,
Incienso en copas de finos metales,
Y quesos, y flores, y miel de panal.

Se puso rosada, rosada, rosada...
Ante la mirada del niño Jesús.
(Felizmente que era su madrina una hada,
De Anatole France o el doctor Mardrús.)

¡Qué dar a ese niño, qué dar sino ella!
¿Qué dar a ese tierno, divino Señor?
Le hubiera ofrecido la mágica estrella,
La de Baltasar, Gaspar y Melchor...

Mas a los influjos del hada amorosa,
Que supo el secreto de aquel corazón,
Se fué convirtiendo poco a poco en rosa,
En rosa más bella que las de Sarón.

La metamorfosis fué santa aquel día.
(La sombra lejana de Ovidio aplaudía),
Pues la dulce niña ofreció al Señor,
Que le agradecía y le sonreía,
En la melodía de la Epifanía,
Su cuerpo hecho pétalos y su alma hecha olor.

PALIMSESTO

*Escrita en viejo dialecto eolio
Hallé esta página dentro un infolio
Y entre los libros de un monasterio
Del venerable San Agustín.
Un fraile acaso puso el escolio
Que allí se encuentra; dómine serio
De flacas manos y buen latín.
Hay sus lagunas.*

...Cuando los toros
De las campañas, bajo los oros
Que vierte el hijo de Hiperión,
Pasan mugiendo, y en las eternas
Rocas salvajes de las cavernas
Esperezándose ruge el león;

Quando en las vírgenes y verdes parras
Sus secas notas dan las cigarras,
Y en los panales de Himeto deja
Su rubia carga la leve abeja
Que en bocas rojas chupa la miel,
Junto a los mirtos, bajo los lauros,
En grupo lírico van los centauros
Con la armonía de su tropel.

Uno las patas rítmicas mueve,
Otro alza el cuello con gallardía
Como en hermoso bajo-relieve

Que a golpes mágicos Scopas haría;
Otro alza al aire las manos blancas
Mientras le dora las finas ancas
Con baño cálido la luz del sol;
Y otro saltando piedras y troncos
Va dando alegre sus gritos roncros
Como el ruido de un caracol.

Silencio. Señas hace ligero
El que en la tropa va delantero;
Porque a un recodo de la campaña
Llegan en donde Diana se baña.
Se oye el ruido de claras linfas
Y la algazara que hacen las ninfas,
Risa de plata que el aire riega
Hasta sus ávidos oídos llega;
Golpes en la onda, palabras locas,
Gritos joviales de frescas bocas,
Y los ladridos de la traílla
Que Diana tiene junto a la orilla
Del fresco río, donde está ella
Blanca y desnuda cual una estrella.

Tanta blancura que al cisne injuria
Abre los ojos de la lujuria:
Sobre las márgenes y rocas áridas
Vuela el emjambre de las cantáridas
Con su bruñido verde metálico,
Siempre propicias al culto fálico.
Amplias caderas, pie fino y breve;
Las dos colinas de rosa y nieve...
Cuadro soberbio de tentación!
¡Ay del cuitado que a ver se atreve
Lo que fué espanto para Acteón!

Cabellos rubios, mejillas tiernas,
Marmóreos cuellos, rosadas piernas,
Gracias ocultas del lindo coro,
En el herido cristal sonoro;
Seno en que hiciérase sagrada copa;
Tal ve en silencio la ardiente tropa.

¿Quién adelanta su firme busto?
¿Quirón experto? ¿Folo robusto?
Es el más joven y es el más bello;
Su piel es blanca, crespo el cabello,
Los cascos finos, y en la mirada
Brilla del sátiro la llamarada.
En un instante, veloz y listo,
A una tañ bella como Kalisto,
Ninfa que a la alta diosa acompaña,
Saca de la onda donde se baña:
La grupa vuelve, raudo galopa;
Tal iba el toro raptor de Europa
Con el orgullo de su conquista.

¿A dó va Diana? Viva la vista
La planta alada, la cabellera
Mojada y suelta; terrible, fiera,
Corre del monte por la extensión;
Ladran sus perros enfurecidos;
Entre sus dedos humedecidos
Lleva una flecha para el ladrón.

Ya a los centauros a ver alcanza
La cazadora; ya el dardo lanza,
Y un grito se oye de hondo dolor:
La casta diva de la venganza
Mató al raptor...

La tropa rápida se esparce huyendo,
Forman los cascos sonoro estruendo.
Llegan las ninfas. Lloran. ¿Qué ven?
En la carrera la cazadora
Con su saeta castigadora
A la robada mató también.

VENUS

En la tranquila noche, mis nostalgias amargas sufría.
En busca de quietud bajé al fresco valle y callado jardín.
En el obscuro cielo Venus bella temblando lucía,
como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.
A mi alma enamorada, una reina oriental parecía,
que esperaba a su amante, bajo el techo de su camarín,
o que, llevada en hombros, la profunda extensión recorría,
triumfante y luminosa, recostada sobre un palanquín.
“¡Oh, reina rubia!—díjele,—mi alma quiere dejar su crisálida
y volar hacia tí, y tus labios de fuego besar;
y flotar en el nimbo que derrama en tu frente luz pálida,
y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar.”
El aire de la noche refrescaba la atmósfera cálida.
Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar.

EL REINO INTERIOR

A EUGENIO DE CASTRO.

... with *Psychis, my soul!*

POE.

Una selva suntuosa
En el azul celeste su rudo perfil calca.
Un camino. La tierra es de color de rosa,
Cual la que pinta fra Doménico Cavalca
En sus Vidas de santos. Se ven extrañas flores
De la flora gloriosa de los cuentos azules,
Y entre las ramas encantadas, papemores
Cuyo canto extasiara de amor a los bulbules.
(*Papemor: ave rara. Bulbules: ruiseñores.*)

* * *

Mi alma frágil se asoma a la ventana oscura
De la torre terrible en que ha treinta años sueña.
La gentil-Primavera primavera le augura.
La vida le sonríe rosada y halagüeña.
Y ella exclama: "¡Oh fragante día! ¡Oh sublime día!
Se diría que el mundo está en flor; se diría
Que el corazón sagrado de la tierra se mueve
Con un ritmo de dicha; luz brota, gracia llueve.
Yo soy la prisionera que sonríe y que canta!"
Y las manos liliales agita, como infanta
Real en los balcones del palacio paterno.

* * *

¿Qué són se escucha, són lejano, vago y tierno?
 Por el lado derecho del camino, adelanta
 El paso leve una adorable teoría
 Virginal. Siete blancas doncellas, semejantes
 A siete blancas rosas de gracia y de armonía
 Que el alba constelara de perlas y diamantes.
 ¡Alabastros celestes habitados por astros:
 Dios se refleja en esos dulces alabastros!
 Sus vestes son tejidas del lino de la luna.
 Van descalzas. Se mira que posan el pie breve
 Sobre el rosado suelo como una flor de nieve.
 Y los cuellos se inclinan, imperiales, en una
 Manera que lo excelso pregona de su origen.
 Como al compás de un verso su suave paso rigen.
 Tal el divino Sandro dejara en sus figuras,
 Esos graciosos gestos en esas líneas puras.
 Como a un velado són de lirás y laudes,
 Divinamente blancas y castas pasan esas
 Siete bellas princesas. Y esas bellas princesas
 Son las siete Virtudes.

* * *

Al lado izquierdo del camino y paralela-
 mente, siete mancebos — oro, seda, escarlata,
 Armas ricas de Oriente — hermosos, parecidos
 A los satanes verlenianos de Ecbatana,
 Vienen también. Sus labios sensuales y encendidos,
 De efebos criminales, son cual rosas sangrientas;
 Sus puñales de piedras preciosas revestidos
 —Ojos de víboras de luces fascinantes—
 Al cinto penden; arden las púrpuras violentas
 En los jubones; ciñen las cabezas triunfantes

Oro y rosas; sus ojos, ya lánguidos, ya ardientes,
 Son dos carbunclos mágicos de fulgor sibilino,
 Y en sus manos de ambiguos príncipes decadentes,
 Relucen como gemas las uñas de oro fino.
 Bellamente infernales,
 Llenan el aire de hechiceros beneficios
 Esos siete mancebos. Y son los siete Vicios,
 Los siete poderosos Pecados capitales.

* * *

Y los siete mancebos a las siete doncellas
 Lanzan vivas miradas de amor. Las Tentaciones
 De sus liras melífluas arrancan vagos sonos.
 Las princesas prosiguen, adorables visiones
 En su blancura de palomas y de estrellas.

* * *

Unos y otras se pierden por la vía de rosa,
 Y el alma mía queda pensativa a su paso,
 —¡ Oh, qué hay en tí, alma mía?
 “¡ Oh, qué hay en tí, mi pobre infanta misteriosa?
 Acaso piensas en la blanca teoría?
 Acaso
 Los brillantes mancebos te atraen, mariposa?”

* * *

Ella no me responde.
 Pensativa se aleja de la obscura ventana,
 —Pensativa y risueña,
 De la Bella-durmiente-del-Bosque tierna hermana—
 Y se adormece en donde
 Hace treinta años sueña,

* * *

Y en sueño dice: “¡Oh dulces delicias de los cielos!
 ¡ Oh tierra sonrosada que acarició mis ojos !
 —¡Princesas, envolvedme con vuestros blancos velos!
 —¡Príncipes, estrechadme con vuestros brazos rojos!”

COSAS DEL CID

A Francisco A. de Icaza.

Cuenta Barbey, en versos que valen bien su prosa
 Una hazaña del Cid, fresca como una rosa,
 Pura como una perla. No se oyen en la hazaña
 Resonar en el viento las trompetas de España,
 Ni el azorado moro las tiendas abandona
 Al ver al sol el alma de acero de Tizona.

Babieca descansando del huracán guerrero,
 Tranquilo pace, mientras el bravo caballero
 Sale a gozar del aire de la estación florida.
 Ríe la Primavera, y el vuelo de la vida
 Abre lirios y sueños en el jardín del mundo.
 Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo,
 Por una senda en donde, bajo el sol glorioso,
 Tendiéndole la mano, le detiene un leproso.

Frente a frente, el soberbio príncipe del estrago
 Y la victoria, joven, bello como Santiago,
 Y el horror animado, la viviente carraña
 Que infecta los suburbios de hedor y de ponzoña.

Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo,
 Y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.
 —¡Oh Cid, una limosna!—dice el precito.

—Hermano

Te ofrezco la desnuda limosna de mi mano!—

Dice el Cid; y, quitando su férreo guante, extiende
La diestra al miserable, que llora y que comprende.

* * *

Tal es el sucedido que el Condestable escancia
Como un vino precioso en su copa de Francia.
Yo agregaré este sorbo de licor castellano:

* * *

Cuando su guantelete hubo vuelto a la mano
El Cid, siguió su rumbo por la primaveral
Senda. Un pájaro daba su nota de cristal
En un árbol. El cielo profundo desleía
Un perfume de gracia en la gloria del día.
Las ermitas lanzaban en el aire sonoro
Su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;
El alma de las flores iba por los caminos
A unirse a la piadosa voz de los peregrinos,
Y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho,
Iba cual si llevase una estrella en el pecho.
Cuando de la campiña, aromada de esencia
Sutil, salió una niña vestida de inocencia,
Una niña que fuera una mujer, de franca
Y angélica pupila, y muy dulce y muy blanca.
Una niña que fuera un hada, o que surgiera
Encarnación de la divina Primavera.

Y fué al Cid y le dijo: "Alma de amor y fuego,
Por Jimena y por Dios un regalo te entrego,
Esta rosa naciente y este fresco laurel".

Y el Cid, sobre su yelmo las frescas hojas siente,
En su guante de hierro hay una flor naciente,
Y en lo íntimo del alma como un dulzor de miel.

GESTA DEL COSO

DRAMATIS PERSONÆ

EL TORO | EL BUEY | LA MUCHEDUMBRE

América. Un Coso. La tarde. El sol brilla radiosamente en cielo despejado. En el anfiteatro hay un inmenso número de espectadores. En la arena, después de la muerte de varios toros, la cuadrilla se prepara para retirarse triunfante. El primer beluarío, cerca de una huella sangrienta, está gallardo, vestido de azul y oro, mulcta y espada bajo el brazo. Los banderilleros vistén de amarillo y plata. En las chaquetas de los picadores espejean las lentejuelas, al resplandor de la tarde.

En el toril han quedado: un toro, hermoso y bravo, y un buey de servicio. Son de clarín.

LA MUCHEDUMBRE.

¡Otro toro! ¡Otro toro!

EL BUEY.

¿Has escuchado?

Prepara empuje, cuernos y pellejo:
Ha llegado tu turno. Ira salvaje,
Banderillas y picas que te acosan,
Aplausos al verdugo; al fin, la muerte.
Y arriba, la impasible y solitaria
Contemplación del vasto firmamento.
Yo, ridículo y ruin, soy el paciente
Esclavo. Soy el humillado eunuco.
Mi testuz sabe resistir, y llevo

Sobre los pedregales la carreta
 Cuyas ruedas rechinan, y en cuya alta
 Carga de pasto crujidor, a veces
 Cantan versos los fuertes campesinos.
 Mis ojos pensativos, al poeta,
 Dan sospecha de vidas misteriosas
 En que reina el enigma. Me complace
 Meditar. Soy filósofo. Si sufro
 El golpe y la punzada, reflexiono
 Que me concede Dios este derecho:
 Espantarme las moscas con el rabo.
 Y sé que existe el matadero...

EL TORO.

¡Pampa!

¡Libertad! ¡Aire y sol! Yo era el robusto
 Señor de la planicie, donde el aire
 Mi bramido llevó, cual son de un cuerno
 Que soplara titán de anchos pulmones.
 Con el pitón a flor de piel, yo erraba
 Un tiempo en el gran mar de verdes hojas,
 Cerca del cual corría el claro arroyo
 Donde apagué la sed con belfo ardiente.
 Luego, fuí bello rey de astas agudas:
 A mi voz respondían las montañas,
 Y mi estampa magnífica y soberbia
 Hiciera arder de amor a Pasifae.
 Más de una vez, el huracán indómito
 Que hunde los puños desgarrando el roble,
 Bajo el cálido cielo del estío,
 Sopló al paso su fuego en mis narices.
 Después fueron las luchas. Era el puma,
 Que me clavó sus garras en el flanco,
 Y al que enterré los cuernos en el vientre.
 Y tras el día caluroso, el suave
 Aliento de la noche, el dulce sueño,

Sentir el alba, saludar la aurora
Que pone en mi testuz rosas y perlas:
Ver la cuadriga de Titón que avanza
Rasgando nubes con los cascos de oro,
Y al rededor de la carroza lírica
Desaparecer las pálidas estrellas.
Hoy aguardo martirio, escarnio y muerte...

EL BUEY.

¡Pobre declamador! Está a la entrada
De la vida una esfinge sonriente.
El azul es en veces negro. El astro
Se oculta, desaparece, muere. El hombre
Es aquí el poderoso traicionero.
Para él, temor. Yo he sido en mi llanura
Soberbio como tú. Sobre la grama
Bramé orgulloso y respiré soberbio.
Hoy vivo mutilado, como, engordo,
La nuca inclino.

EL TORO.

Y bien: para tí el fresco
Pasto, tranquila vida, agua en el cubo,
Esperada vejez... A mí la roja
Capa del diestro, reto y burla, el ronco
Griterío, la arena donde clavo
La pezuña, el torero que me engaña
Agil y airoso, y en mi carne entierra
El arpón de la alegre banderilla,
Encarnizado tábano de hierro;
La tempestad en mi pulmón de bruto,
El resoplido que levanta el polvo,
Mi sed de muerte en desbordado instinto,
Mis músculos de bronce que la sangre
Hinche en hirviente plétora de vida;
En mis ojos dos llamas iracundas,

La onda de rabia por mis nervios loca
 Que echa su espuma en mis candentes fauces;
 El clarín del bizarro torilero
 Que anima la apretada muchedumbre;
 El matador que enterrará hasta el pomo
 En mi carne la espada; la cuadriga
 De enguinaldadas mulas que mi cuerpo
 Arrastrará sangriento y palpitante;
 Y el vítor y el aplauso a la estocada
 Que en pleno corazón clava el acero.
 ¡Oh, nada más amargo! A mí, los labios
 Del arma fría que me da la muerte;
 Tras el escarnio, el crudo sacrificio,
 El horrible estertor de la agonía...
 En tanto que el azul sagrado, inmenso,
 Continúa sereno, y en la altura,
 El oro del gran sol rueda al poniente
 En radiante apoteosis...

LA MUCHEDUMBRE.

¡Otro toro!

EL BUEY.

¡Calla! ¡Muere! Es tu tiempo.

EL TORO.

¡Atroz sentencia!

Ayer el aire, el sol, hoy el verdugo...

¿Qué peor que este martirio?

EL BUEY.

¡La impotencia!

EL TORO.

¿Y qué más negro que la muerte?

EL BUEY.

¡El yugo!

LA CANCIÓN DE LOS OSOS

*Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.*

Osos negros y velludos del riñón de las montañas,
Silenciosos viejos monjes de una iglesia inmemorial,
Vuestros ritos solitarios, vuestras prácticas extrañas,
Las humanas alimañas
Neronizan y ensangrientan la selvosa catedral.

Osos tristes y danzantes que los zingaros de cobre
Martirizan; oso esclavo, oso fúnebre, oso pobre,
Arrancado a las entrañas de los montes del Tirol;
Sé leer en vuestros ojos y podemos hablar sobre
Atta Troll...

Osos blancos de los polos, bellos osos diamantinos,
Nadie sabe que venís,
Sobre el hielo, de un imperio de hombres blancos y divinos
Que coronan con castillos argentinos
Su país.

*Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.*

¡Arcas! ¡Víctima sangrienta! Plantas, flores, ecos, lirás;
—Malhadado y cruento crimen del infausto Lycaón;
En Arcadia los amores y los cánticos que inspiras,
Y en el cielo, con Calixto, la inmortal constelación.—
Los dos osos son asombro para el toro y el león.

¡Va Criniso! Muchas ansias lleva el mozo y vida mucha;
Si cual toro lucha fiero, como oso mejor lucha
Quien de Egesta será esposo;
Cruje el monstruo entre sus brazos en la lucha que se escucha:

¡Lucha, oso! ¡Lucha, oso! ¡Lucha, oso! ¡Lucha, oso!
 Bellos osos de oro rojo que ya estáis en el regazo
 Del azul donde el zodiaco sublimiza su visión;
 De la lira hacedme oír el son;
 Dad saludos a la Virgen en mi nombre, y un zarpazo,
 Si podéis, al Escorpión.

*Osos,
 Osos misteriosos,
 Yo os diré la canción
 De vuestra misteriosa evocación.*

Danzad suave y cuerdamente;
 Que la peluda alpargata
 Cubra la prudente pata
 Cuyo paso no se siente.
 Y bajo la huyente frente
 Mirad con ojo mañero
 Al gitano,
 Que canta con voz de Oriente
 Un raro canto lejano
 Y hace sonar el pandero
 Con la mano
 Conque remienda el caldero.
 A los sueldos de los pobres
 Encomienda alrededor vuestra persona,
 Y en el parche del pandero caen los cobres
 Por los osos, por el perro y por la mona.

*Osos,
 Osos misteriosos,
 Yo os diré la canción
 De vuestra misteriosa evocación.*

A vuestro lado va la gitanilla.
 Brilla
 Su mirada de negros diamantes,
 Y su boca roja es fresca;
 Gitanilla pintoresca,
 Gitanilla de Cervantes,
 O esmeralda huguesa.

Ya vosotros bein sabéis de quién os hablo,
 Pues cien veces junto a ella contemplásteis cola y cuernos
 Del señor don Diablo,
 Protector de las lujurias en la tierra y los infiernos.

*Osos,
 Osos misteriosos,
 Yo os diré la canción
 De vuestra misteriosa evocación.*

Danzad, osos, oh cofrades, oh poetas;
 Id, chafad en las campiñas los tomillos y violetas,
 Y tornad entre las flores del sendero,
 Y danzad en el suburbio para el niño y el obrero,
 Para el hosco vagabundo de las escabrosas rutas,
 Para el pálido bandido que regó sangre y espanto,
 Y para las prostitutas
 Que mastican pan de crimen y de llanto.
 Pues vuestra filosofía
 No señala diferencia ni da halago ni reproche
 A la mística azucena que adornó el pecho del día,
 O a la lúgubre mandrágora de la entraña de la noche.

*Osos,
 Osos misteriosos,
 Yo os diré la canción
 De vuestra misteriosa evocación.*

Osos ermitaños
 Que ponéis pavores
 En pastores
 Y rebaños;
 El agudo cazador advierte
 Que os ponéis en cruz ante la muerte,
 O para dar el formidable abrazo
 Que ha de exprimir la vida
 Contra vuestro regazo;
 Vais en dos patas como el adanida,
 Es así que he admirado
 Vuesro andar de canónigo, o bien de magistrado.

Con la argolla al hocico sacudís vuestra panza.
¡Osos* sabios, osos fuertes y cautivos, a la danza!

*Osos,
Osos misteriosos
Yo os diré la canción,
De vuestra misteriosa evocación.*

Y al pasar un entierro
Os he visto en la senda con la mona y el perro,
Entre el círculo formado por hombres zarrapastrosos.
Grotescos enterradores
Iban conduciendo el carro de podredumbre y de flores;
Como signo de respeto
Descubriáanse un mendigo y un soldado.
El gitano se acordó de su amuleto.
Y tú, oso danzarín domesticado,
Se diría que reías como estando en el secreto
Del finado,
De la rosa, de la cruz y el esqueleto.

*Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.*

Mas no el requien, ni el oremus, ni el responso del gangoso
Chantre llegue a vuestro oído,
Sabio y suave oso;
Mas el canto de las zingaras, o la música del nido,
O la estrofa del poeta,
O el ruido de los besos, o el ruido
Del amor errante ardiente en la carreta.
Bien sabéis: la vida es corta,
Y teniendo en vuestras fauces una torta,
O un panal,
Profesáis vuestros principios más allá del Bien y el Mal.

*Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.*

EL CLAVICORDIO DE LA ABUELA

En el castillo, fresca, linda,
La marquesita Rosalinda,
Mientras la blanca brisa vuela,
Con su pequeña mano blanca
Una pavana grave arranca
Al clavicordio de la abuela.

Es una fresa, es una guinda;
Los labios son de Rosalinda,
Que toca y toca y toca más.
Tiene en su rostro Abril y Mayo;
En su mirada brilla un rayo;
Con la cabeza hace el compás.

¡Notas de Lully y de Rameau!
Versos que a ella recitó
El primo rubio tan galán,
Que tiene el aire caprichoso
Y que es gallardo y orgulloso
Como un mancebo de Rohan.

¡Qué linda está la marquesita!
Es una blanca margarita,
Es una rosa, es un jazmín.
Su cabellera es un tesoro;
Si ríe, brota un canto de oro
En su reír de querubín.

Va la manita en el teclado
Como si fuese un lirio alado
Lanzando al aire la canción,
Y con sonrisa placentera
Sonríe el viejo de gorguera
En los tapices del salón.

El cielo tiene sobre el traje:
Si hay una nube, es un encaje,
Espuma, bruma, suave tul;
Como ella es blanca y sonrosada,
Y de oro puro coronada
¡Qué bien le sienta el traje azul!

En el tapiz está un amor,
Y una pastora da una flor
Al pastorcito que la anhela.
Es una boca en flor la boca
De la que alegre y viva toca
El clavicordio de la abuela.

Ella hacia un lado inclina suave
La cabecita, como un ave
Que casi va, que casi vuela;
Y alza su mano el son sutil
De la blancura del marfil
Del clavicordio de la abuela.

La niña, dulce cual la miel,	¡Amar, reír! La vida es corta.
Canta a compás rondó y rondel,	Gozar de Abril es lo que importa,
Canta los versos de Ronsard;	En el primer loco delirio;
Y cuando lanza en su clamor	Bello es que el leve colibrí
Los tiernos versos del amor,	Bata alas de oro y carmesí
Se pone siempre a suspirar.	Sobre la nieve azul del lirio.

Amor sus rosas nuevas brinda	Y aunque al terrible viaje largo
A la marquesa Rosalinda,	Empuja el ronco viento amargo
Que al amor corre sin cautela,	Cuyo siniestro nombre hiela,
Sin escuchar que en el teclado	Bien es que al pobre viajador
Canta un amor desengañado	Anime el vivo son de amor
El clavicordio de la abuela.	Del clavicordio de la abuela.

CASO

A un cruzado caballero,	Pues el físico decía:
Garrido y noble garzón,	Que en dicho caso, quién
En el palenque guerrero	Una herida tal tenía,
Le clavaron un acero	Con el venablo moría,
Tan cerca del corazón	Sin el venablo también.

Que el físico al contemplarle,	¿No comprendes, Asunción,
Tras verle y examinarle,	La historia que te he contado,
Dijo: "quedará sin vida	La del garrido garzón
Si se pretende sacarle	Con el acero clavado
El venablo de la herida."	Muy cerca del corazón?

Por el dolor congojado,	Pues el caso es verdadero:
Triste, débil, desagrado,	Yo soy el herido, ingrata,
Después que tanto sufrió,	Y tu amor es el acero:
Con el acero clavado	Si me lo quitas me muero,
El caballero murió.	Si me lo dejas ¡me mata!

CYRANO EN ESPAÑA

He aquí que Cyrano de Bergerac traspasa
de un salto el Pirineo. Cyrano está en su casa.
¿No es en España, acaso, la sangre vino y fuego?
Al gran gascón saluda y abraza el gran manchego.
¿No se hacen en España los más bellos castillos?
Roxanas encarnaron con rosas los Murillos,
y la hoja toledana que aquí Quevedo enpuña
conócenla los bravos cadetes de Gascuña.
Cyrano hizo su viaje a la luna; mas antes,
ya el divino lunático de don Miguel Cervantes
pasaba entre las dulces estrellas de su sueño
jinete en el sublime pegaso Clavileño.
Y Cyrano ha leído la maravilla escrita,
y al pronunciar el nombre del Quijote, se quita
Bergerac el sombrero: Cyrano Balazote
siente que es lengua suya la lengua del Quijote.
Y la nariz heroica del gascón se diría
que husmea los dorados vinos de Andalucía.
Y la espada francesa, por él desenvainada,
brilla bien en la tierra de la capa y la espada.
¡Bienvenido, Cyrano de Bergerac! Castilla
te da su idioma, y tu alma como tu espada brilla
al sol que allá en tus tiempos no se ocultó en España.
Tu nariz y penacho no están en tierra extraña,
pues vienes a la tierra de la Caballería.
Eres el noble huésped de Calderón. María
Roxana te demuestra que lucha la fragancia
de las rosas de España con las rosas de Francia,
y sus supremas gracias, y sus sonrisas únicas,
y sus miradas, astros que visten negras túnicas,
y la lira que vibra en su lengua sonora
te dan una Roxana de España, encantadora.
¡Oh poeta! ¡Oh celeste poeta de la facha

grotesca! Bravo y noble y sin miedo y sin tacha,
príncipe de locuras, de sueños y de rimas:
tu penacho es hermano de las más altas cimas,
del nido de tu pecho una alondra se lanza,
un hada es tu madrina, y es la Desesperanza;
y en medio de la selva del duelo y del olvido
las nueve musas vendan tu corazón herido.
¿Allá en la luna hallaste algún mágico prado
donde vaga el espíritu de Pierrot desolado?
¿Viste el palacio blanco de los locos del Arte?
¿Fué acaso la gran sombra de Píndaro a encontrarte?
¿Contemplaste la mancha roja que entre las rocas
albas forma el castillo de las vírgenes locas?
¿Y en un jardín fantástico de misteriosas flores
no oíste al melodioso rey de los ruiñeñores?
No juzgues mi curiosa demanda inoportuna,
pues todas esas cosas existen en la luna.
¡Bienvenido, Cyrano de Bergerac! Cyrano
de Bergerac, cadete y amante, y castellano
que trae los recuerdos que Durandal abona
al país en que aún brillan las luces de Tizona.
El Arte es el glorioso vencedor. Es el Arte
el que vence el espacio y el tiempo; su estandarte,
pueblos, es del espíritu el azul oriflama.
¿Qué elegido no corre si su trompeta llama?
Y a través de los siglos se contestan, oid:
la Canción de Rolando y la Gesta del Cid.
Cyrano va marchando, poeta y caballero,
al redoblar sonoro del grave Romancero.
Su penacho soberbio tiene nuestra aureola.
Son sus espuelas finas de fábrica española.
Y cuando en su balada Rostand teje el envío,
creeríase a Quevedo rimando un desafío.
¡Bienvenido, Cyrano de Bergerac! No seca
el tiempo el lauro; el viejo corral de la Pacheca
recibe al generoso embajador del fuerte
Molière. En copa gala Tirso su vino vierte.
Nosotros exprimimos las uvas de Champaña
para beber por Francia y en un cristal de España.

WALT WHITMAN

En su país de hierro vive el gran viejo,
bello como un patriarca, sereno y santo.
Tiene en la arruga olímpica de su entrecejo,
algo que impera y vence con noble encanto.
Su alma del infinito parece espejo;
son sus cansados hombros dignos del manto;
y con arpa labrada de un roble añejo,
como un profeta nuevo canta su canto.
Sacerdote, que alienta soplo divino,
anuncia en el futuro tiempo mejor,
Dice al águila: “¡Vuela!” “¡Boga!” al marino,
y “¡Trabaja!” al robusto trabajador.
¡Así va ese poeta por su camino
con su soberbio rostro de emperador!

RIMA

Tenía una cifra
Tu blanco pañuelo,
roja cifra de un nombre que no era
el tuyo, mi dueño.
La fina batista
crujía en tus dedos.
¡Qué bien luce en la albura la sangre!
Te dije riendo.
Te pusiste pálida,
Me tuviste miedo
Qué miraste? ¿Conoces acaso
La risa de Otelo?

CAMPOAMOR

Ese del cabello cano
y la piel como el armiño,
unió un corazón de niño
a su cabeza de anciano.
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión
que volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.

SONETO

Para el señor don Ramón del Valle-Inclán.

Este gran don Ramón, de las barbas de chivo,
Cuya sonrisa es la flor de su figura,
Parece un viejo dios, altanero y esquivo
Que se animase con la frialdad de su escultura.

El cobre de sus ojos por instantes fulgura
Y da una llama roja tras un ramo de olivo.
Tengo la sensación de que siento y que vivo
A su lado, una vida más intensa y más dura.

Este gran Don Ramón del Valle-Inclán me inquieta,
Y a través del zodíaco de mis versos actuales
Se me esfuma en radiosas visiones de poeta,

O se me rompe en un frasco de cristales.
Yo le he visto arrancarse del pecho, la saeta
Que le lanzan los siete pecados capitales.

INDICE

	PAG.
La personalidad literaria de Rubén Darío (fragmento), de José Enrique Rodó.....	2
La obra literaria de Rubén Darío, juzgada por G. Martínez Sierra.....	18
En una primera página.....	23

PROSA

El velo de la reina Mab.....	24
La canción del oro.....	29
El pájaro azul.....	35
La ninfa.....	41
Bajo las luces del sol naciente.....	47
Boeklin.....	56
Hombres y pájaros.....	61
Visiones pasadas.....	69

VERSO

Autumnal.....	76
Estival.....	79
Margarita.....	84
Preludio.....	85
Era un aire suave.....	89
Marcha triunfal.....	92
Los cisnes.....	94
Un soneto a Cervantes.....	97

	PAG.
A una novia.....	98
Urna votiva.....	99
A Margarita Debayle.....	100
Coloquio de los centauros.....	103
Los motivos del lobo.....	111
Soneto áureo.....	116
La rosa niña.....	117
Palimpsesto.....	120
Venus.....	123
El reino interior.....	124
Cosas del Cid.....	127
Gesta del coso.....	129
La canción de los osos.....	133
El clavicordio de la abuela.....	137
Caso.....	138
Cyrano en España.....	139
Walt Whitman.....	141
Rima.....	141
Campoamor.....	142
Soneto, a don Ramón del Valle-Inclán.....	142